

...y el trabajo contó un cuento
el trabajo infantil como eje de las historias

AUTORIDADES

Daniel Scioli
GOBERNADOR

Alberto Balestrini
VICE GOBERNADOR

Oscar Cuartango
MINISTRO DE TRABAJO

Nelly Mendoza
COORDINADORA COPRETI

*Prólogo - Dr. Oscar Cuartango
Ministro de Trabajo de la Provincia de Buenos Aires*

Luego del éxito que significó la primer edición del Certamen "... y el trabajo contó un cuento" nos llena de satisfacción haber promovido una segunda selección de talentos que reflejan a través de las palabras los sentimientos y vivencias de las diversas formas de percibir una misma realidad: el trabajo.

La consigna de esta edición del certamen giró en torno a la problemática del trabajo infantil, y es así que los cuentos resultaron ser un disparador a la reflexión sobre un flagelo que acosa y lastima al futuro de la sociedad, y un paso fundamental a un examen de conciencia que nos invite a desnaturalizar la explotación de nuestros niños.

El trabajo infantil es una de las peores formas de abuso y explotación, que pone en peligro la salud, la seguridad y la educación de los más chicos y condiciona su desarrollo mental, físico y moral, castigando tanto al presente como al futuro de la sociedad.

La selección de los textos estuvo a cargo de los doctores Héctor Recalde y Eduardo Giorlandini y el Profesor Juan Becerra y se ha desarrollado con serena quietud, melancolía y nostalgia, recorriendo las calles donde pasean los espíritus, los mismos que se detienen y miran convencidos de que, entre todos, podemos contribuir para una sociedad mejor, justa y libre.

La comunidad de la Provincia reconoce los esfuerzos que hacemos desde este organismo con el fin de revertir las desigualdades en el plano laboral, llevando a cabo políticas y diseñando programas que integren a toda la sociedad y apunten a

equiparar las oportunidades. Entendemos que para optimizar los resultados de nuestra gestión, es necesaria la participación de todos los ciudadanos. En esta sintonía es que proponemos una actividad cultural que invita llevar a la reflexión tanto a los autores de los cuentos como a sus próximos lectores.

En esta edición, como en la anterior, la practicidad y las vivencias diarias dan origen a nuestra iniciativa, donde el lector podrá ahondar en las distintas formas que enfrenta el común de las personas para asirse de un ingreso. Nos confrontaremos a la dura imagen de niños revolviendo basura vestidos con harapos, que trabajan pura y exclusivamente para la subsistencia, sin horarios y sin dignidad, muchas veces explotados por inescrupulosos que sólo buscan su beneficio y se relamen en la necesidad de los indefensos y los indocumentados.

Los autores hacen imprescindible una evocación del presente real, que se refleja a veces como una pesadilla, y también de un futuro muy complejo que obliga al Estado a intervenir en pos de superarlo.

Este, a mi modesto pensar, es un llamado de atención que nos dan los trabajadores y que no debemos desoír. No debemos cruzarnos de brazos y resignarnos al presente narrado. Tampoco podemos romantizar semejante dato que nos enrostra la pura realidad.

En el libro habitan sentimientos y vivencias en las que el lector tendrá la oportunidad de introducirse, buceando entre la realidad y la ficción. Y éste prólogo intenta resumir los méritos incuestionables de los autores, inéditos y hasta ahora desconocidos. Le cabe a cada uno de ellos la satisfacción de ser quienes dieron a luz a las duras verdades cotidianas con un bellísimo estilo narrativo.

*Prólogo - Dr. Oscar Cuartango
Ministro de Trabajo de la Provincia de Buenos Aires*

El Jurado integrado por el Dr. Héctor Recalde, el Dr. Eduardo Giorlandini y el Prof. Juan Becerra ha realizado la siguiente selección:

NÓMINA DE GANADORES DEL CONCURSO

Primer Premio

Título: "AUNQUE NO LLUEVA"

Autor: Jorge Aníbal Dágata

Localidad: Balcarce

Segundo Premio

Título: "LA PIEDRA DE MOLINO"

Autor: Alejandro Gustavo Seta

Localidad: Alejandro Korn - San Vicente

Tercer Premio

Título: "LUZ DE ESPERANZA"

Autor: Marina Cyntia Borda

Localidad: San Martín

Menciones Especiales

• Título: "EL OJO DEL PEZ"

Autor: Pablo Casaux

Localidad: Burzaco

• Título: "UN SEPTIEMBRE PARA ANALIA"

Autor: Julia Sandra Bitonto

Localidad: San Miguel

• Título: "UN CUENTO PARA JUANCITO"

Autor: Alejandra E. Ricci

Localidad: Los Cardales - Exaltación de La Cruz

- Título: "COMIA BASURA"
Autor: Silvia Beatriz de Lourdes Acevedo
Localidad: Malvinas Argentinas

- Título: "UNA VEZ MAS ES TARDE"
Autor: Ana Mercedes Quiroga
Localidad: Baradero

- Título: "LO MAS PANCHO"
Autor: Cecilia Reynoso
Localidad: La Plata

- Título: "EL BASURAL"
Autor: Jorge Rodolfo Meza
Localidad: Azul

- Título: "WILSON EL BOLIVIANO"
Autor: Néstor Miguel Rompani
Localidad: City Bell - La Plata

- Título: "ESA COSA"
Autor: Isabel Elisa Ferrarello
Localidad: Coronel Dorrego

- Título: "ME GUSTARIA..."
Autor: Nilda Domínguez de Lebrini
Localidad: Colón

- Título: "EL ARBOL DE NAVIDAD"
Autor: Viviana Gladys Benitez
Localidad: José C. Paz

- Título: " EL VENDEDOR DE POEMAS"
Autor: Susana Noemí Cordisco
Localidad: San Nicolás

Aunque no llueva

por Jorge A. Dágata

¡Qué suerte, Rivero, encontrarte después de tanto tiempo y con esta lluvia!

Mirá, desde que éramos chicos me pone contento que llueva. Parece una tontería, ¿no? Será, che. ¡Pero quién no guarda algún recuerdo de la infancia que a los demás pueda parecerles tonto! En cambio para uno...

¡Ah, te reís! Seguro también tenés presente a Monchito, aquel compañero de quinto grado. ¿Ves? Es como si no hubieran pasado todos estos años. Me parece verlo chiquito, con las piernas arqueadas, siempre tan callado. Con esos ojos brillantes entre el flequillo rebelde, que no necesitaba decir más. Pero a la pelota sí que la hacía hablar. ¡Qué jugador, Rivero! Mirá si lo descubría uno de esos tipos que lo llevan a Europa, lo que hubiera sido de él...

Monchito y el mal tiempo tienen mucho que ver y por eso se nos da por hablar de él. A nosotros nos molestaba que lloviera. Era andar medio perdidos esos días, sin saber qué hacer. Pero a él lo ponía tan contento que nos desconcertaba, hasta ese viernes del desafío.

¡Seguro que no te olvidaste de aquel partido con los colorados! ¡Como para no acordarnos! Hoy no significaría nada, pero lo importante que era para nosotros ganarles a esos tipos, siempre peñaditos y de uniforme bordó, cordón dorado, botines nuevos y qué sé yo que más tendrían para darnos tanta bronca. Qué no hubiéramos dado por golearlos, ese viernes inolvidable a las seis de la tarde. ¿Y qué habrá sido del flaco César? ¡Qué tipo encantador y cómo provocaba a los colorados, donde fuera que los encontráramos!

Escuchá y decime si lo tengo bien registrado. Monchito solía faltar a la escuela cuando el tiempo estaba bueno. Pero después de una lluvia, era el primero en llegar. Para todos significaba que no había potrero, ni bicicleta, ni nada que fuera al aire libre. Para él parecía al revés. Esos días andaba contento y aprendía, claro que sí, como cualquiera de nosotros y no sé si en algunas cosas no nos sacaba ventaja. Pero cuántos otros, si es que no faltaba, abría el cuaderno con los deberes anotados y el resto de la página en blanco. Y ahí pasaba que con cada cosa tenía que empezar de nuevo. Entonces no entendía y

como no era capaz de pedir ayuda. ¡Siempre tan callado! Quería esconderse debajo del banco cuando la maestra de quinto le reprochaba. Me parece escucharla, diciéndole: -Así... Así no vas a ir a ningún lado. Porque acá se viene a a-pren-der –le remarcaba, entre tierna y milica.

Monchito le daba la razón con la cabeza. Se le apagaban del todo los ojos y se achicaba más todavía. Pero al otro día faltaba y a la semana siguiente igual. ¿Qué tendríamos, Rivero? ¿Diez años? ¡Corregime si me equivoco! Monchito andaría por los once, porque se habían demorado un año en anotarlos, por problemas con los papeles, o documentos, o qué sé yo. Igual, parecía más chico que cualquiera del grado. Comparado con el flaco César, ni hablar.

¿Te acordás cuando descubrimos por qué la lluvia lo cambiaba todo? Ese viernes del partido, un día magnífico de octubre o noviembre, che. No había aparecido por la escuela y lo necesitábamos más que nunca. Sólo con un volante como él podíamos siquiera emparejarlos un poco. Nosotros siempre tan despelotados y ellos organizados como una máquina. De arco a arco parecía que tenían medida la cancha al milímetro. ¡Qué bárbaros! ¡Qué disciplina asquerosa! ¿Con qué les íbamos a dar? ¡Si entrenábamos cada tanto y en cualquier parte, mientras ellos tenían gimnasio cubierto y un profesor de fútbol que hasta decían había jugado en la Primera B! Ese viernes Monchito no nos podía fallar.

¿Me seguís, Rivero, cuando salimos a buscarlo después de comer, guiándonos por el humo de los hornos de ladrillo? Sabíamos que por ahí vivía. Cruzamos el arroyo y trepamos una calle empinada. Me parece ver el barranco y oír los perros que se volvían locos con las ruedas de las bicicletas. Allá al fondo, las pilas grises de adobes. Y cerca del molino, una casita baja y triste, que parecía ni existir en medio de ese día tan lleno de sol. Sí, me parece que era ya noviembre, porque llegamos transpirados. Golpeamos las manos y salió una mujer rodeada de chicos y con uno en brazos. Le pedimos agua y cuando le preguntamos supimos que era la madre de Monchito. El padre andaba por uno de los hornos, atendiendo el fuego. Los tres nos fuimos entre dos pilas largas de adobes.

Ahí estaba él, casi invisible detrás de una carretilla de madera repleta de barro. Fue una de esas veces que los ojitos le centellearon más, a lo mejor por el contraste con la cancha, lisa, interminable, y justo se tenía que llamar así, cancha, como la verde que nos esperaba a las seis. Bajaba el molde, lo alisaba con una tabla y dejaba dos rectángulos brillantes que el sol se encargaba de apagar enseguida, como si les chupara la sangre. ¡Qué joder, che! ¡Eso se me ocurre ahora! Vuelta a enderezarse y asomar la cabeza detrás de la carretilla, llenar el molde y otra vez al suelo. Nosotros, tan concentrados en el partido, sólo fuimos para convencerlo de que no podía faltar por nada del mundo. ¡Aflojarles nada menos que a los colorados! El nos señaló la cancha de punta a punta. Hasta que no la tuviera llena, no habría fútbol para él. Ni para nosotros, como no fuera para pasar

vergüenza de perdedores con los agrandados esos. ¡Ay, qué bronca me da todavía hoy, de sólo acordarme! Así estuvimos, viéndolo llenar el molde y descargarlo, una y otra vez, dándole razones a las que únicamente respondía encogiéndose de hombros, hasta que se alejó empujando la carretilla vacía hacia el pisadero de barro. Fue el flaco, decidido como él solo, el que tomó la iniciativa. Se perdió detrás de las pilas y reapareció con otra carretilla y un molde. Monchito volvía empujando a duras penas ese armatoste que debía pesar diez veces más que él, manteniéndolo en línea para que no se le volcara. Y vuelta a empezar. Llenar la caja, aplanar con la tabla, volcar con cuidado. . . Por más que se apurara, ¡pobre de él!, hasta las diez de la noche y chau partido y otra vez los colorados de festejo.

¿Qué pensaste vos, Rivero, esa tarde? ¿Qué pensó el flaco, con el molde en una mano y la otra apoyada en su carretilla vacía? Yo, te digo la verdad, no podía dejar de mirar la hora y calcular cuánto faltaba para las seis. El flaco se arremangó la camisa y se mandó para el pisadero, haciendo rodar la carretilla como una Fórmula Uno, con esas piernas largas que en cada tranco daba tres de los nuestros. Me acuerdo que encontraste otro molde y nos peleábamos por arrancar los pastones de barro con paja y llenarlo lo más pronto posible. Sin darnos cuenta, al rato estábamos los cuatro, bien organizados por esa vez, embaldosando el suelo gris con las filas parejitas de adobes que el sol se encargaba de apagar. Duro y parejo le dimos, casi sin hablar. El único que decía algo, mirá lo que son las cosas, era Monchito. Se reía al vernos salpicar para todos lados, con entusiasmo de principiantes en algo que para él era cosa de todos los días. Como a las dos horas, las hermanitas le trajeron un jarro de mate cocido que para los cuatro no era mucho pero nos pareció un manjar. Ni siquiera nos tomamos un descanso, apurados por el reloj. Eran más de las cinco cuando vimos el final de la cancha, repleta de punta a punta.

Monchito le hizo señas y el padre se acercó, inspeccionó el trabajo con gran atención y sin mirarlo siquiera, le dijo:

Y vaya por hoy, hijo, cómo no. Mañana viene el patrón y habrá que apilar, si secan bien. Y si no, seguiremos cortando en la otra cancha.

Nos miramos, contentos de vernos libres al fin, y éramos una murga armada de apuro que había atravesado a pie un pantano de mierda fresca. Los brazos negros hasta los codos y el que no tenía la cara salpicada llevaba más de un parche pegado a los pantalones o al pelo. Lo que menos parecíamos era la mitad que casi éramos del equipo que en menos de una hora enfrentaría la pulcritud insoportable de los colorados.

Monchito nos mostró cómo cerraba cada día de trabajo. Se desnudó y se metió en el tanque australiano. Y nosotros, detrás. Unas zambullidas, un refriego de emergencia a la ropa embarrada. Saludó a la madre, que lo obligó a cambiarse, lo abrazó y lo besó, y le dio dos panes largos que él partió para que fueran cuatro. Salimos zumbando y masti-cando calle abajo. Pasamos el arroyo y llegamos a la cancha sequitos y refrescados como

para enfrentarnos a quien se nos animara.

Y la verdad es que ese viernes, ¿te acordás, Rivero?, ¡jugamos mejor que nunca! Ellos tendrían organización, pero nosotros pusimos sangre. Monchito se deslizaba entre los defensores como un ratón y se desesperaban para marcarlo, como tenían previsto. ¡Pero qué iban a marcar a ese demonio, contento esa tarde por verse libre en esa cancha de la otra, la de todos los días soleados, ayudado por los que entonces sí nos sentimos compañeros!

El empate les pesaba y para nosotros ya era un mérito. El empate uno a uno, que duró desde la mitad del primer tiempo hasta los minutos finales del segundo. ¡Como para olvidarlo! ¡Qué cosas tendrá ese viernes, que me parece uno de los días más importantes de mi vida! ¿Y vos, Rivero? ¿Qué pensaste? ¿Se te ocurrió, como a mí, que al fin el equipo estaba completo? ¿No sentiste que al correr sin carretilla volabas sobre el pasto? ¿No te pareció que la cintura se te había soltado y eras capaz de dar vuelta las piernas y quedar con las rodillas para atrás, si se te antojaba? Ya sé que digo pavadas, pero me parece que algo debíamos tener, algo que circulaba en nuestro equipo y nos daba esa disciplina del corazón, se me ocurre ahora, mucho más fuerte que la de los pobres colorados, apichonados en sus estrategias sin cumplir. ¿Sabés que una vez leí que la niñez es como un mundo lleno de tesoros, que dejamos atrás pero al que siempre volvemos, para descubrir algo nuevo que estaba como olvidado? ¿A vos qué te parece? Para mí que es así. Aunque no sé si para todos. Será, che. ¡Yo que sé! Pero ese viernes, siempre pienso que tiene algo. . .

Yo estaba más atrás, pero lo tengo clarito, como si lo estuviera viendo. Le mandaste el centro a César. La bajó con el pecho y buscó a Monchito, pero lo vio muy marcado, como lo tenían siempre, por dos defensores. El flaco amagó con patear al arco. ¡Que no veía desde semejante altura! Uno de los defensores salió a cortarlo y Monchito se metió por la brecha, ya al borde del área. César se la regaló a los pies y el hornerito se encontró con el otro defensor, que no se le despegababa. ¿Me equivoco o fue así? El flaco se metía para completar la jugada, pero Monchito se mandó un de esas que sólo él podía hacer. Quedó frente al arquero y le arrastró un puntazo con unas ganas que todos lo sentimos como si pateáramos con él. El arquero se estiró y estuvo a punto de pescarla en el aire, pero la redonda iba con tanta fuerza que se le escurrió entre las manos y terminó ovalada contra la red. ¡Qué alegría, viejo! ¡Ojalá todos los días de la vida fueran como aquel viernes, con barro y todo! ¡Qué gol sabroso, como no he disfrutado otro en mis años de hinchas! Qué euforia la nuestra y qué triste disciplina la de los colorados, armándose otra vez para intentar emparejarnos en los minutos que quedaban. Esos tipos, te lo juro, no tenían sangre. Se las había chupado el uniforme bordó, el cordón dorado lo tendrían anudado ya sabés dónde y juraría que se las estrangulaba, qué sé yo. . . Lo nuestro sí que ese día fue puro corazón. ¡Eso! ¡Puro corazón y un delantero que habíamos conseguido

traer con el sudor de la frente, como se dice!

¡Lo que son las cosas! Con algunos de los colorados después me hice amigo y ¿querés que te diga? ¡Eran buenos tipos, che!

Ese año terminó sin que Monchito volviera a la escuela. Y pensar, Rivero, que sólo nosotros tres fuimos a rescatarlo. ¡Claro que lo hicimos porque lo necesitábamos! ¡Pero qué podíamos saber! ¡Si teníamos diez años!

Una sola vez volvimos a la ladrillera, por abril o mayo. La familia de Monchito ya no estaba y nadie supo decirnos a dónde se habían trasladado. ¿Te acordás, Rivero, que salimos por diversión y ese día volvimos sin ganas de reírnos? ¡Ni siquiera cuando César enterró la bicicleta en el arroyo, de puro arrebatado el flaco!

No sé a vos, pero a mí me sonaba siempre aquella frase de la maestra, cuando le repetía que así... así no iba a ir a ningún lado. Mirá lo que son las cosas.

La Piedra de Molino

por Alejandro Gustavo Seta

Entristecía al muchacho ver al viejo regresar todos los días con su barca vacía, y siempre se acercaba a ayudarlo a cargar los rollos de sedal o el bichero y el arpón y la vela arrollada al mástil. La vela estaba remendada con sacos de harina y, arrollada, parecía la bandera de la derrota permanente.

Ernest Hemingway, El viejo y el mar

No sé cuándo empezó todo. Si cuando leí por primera vez Robinson Crusoe, y cuando vi la enorme, destartada y nutrida biblioteca de mi escuelita de Clorinda, o cuando mi padre empezó a llamarme todas las mañanas a las cinco en punto para ir a trabajar, con una casi dulce orden: “¡Arriba, Pedrito!”. Clorinda no tenía nada en el vientre de la provincia de Formosa, tierra colorada y gente pobre, es decir: nada. O todo. O me tenía a mí y a mi padre. Y a mis nueve hermanos y a mi buena madre. Y a mi rancho de adobe y piso de tierra. O lo tenía todo y ya me había dado cuenta. Y lo tenía todo porque tenía una escuelita con una biblioteca destartada, y entre esos libros estaba Robinson, y El Viejo y el Mar. ¿Sabrían entonces, Stevenson y Hemingway, cuando los escribían, mientras pergeñaban esos extraños y humanos personajes, que el marino náufrago y el viejo casi desesperanzado pescador y su amigo niño, salvarían a otro, a otro niño que era también un náufrago en el vientre de la provincia de Formosa, un niño que miraba al viejo pelear contra el gran pez?

No sé cuándo empezó todo. Tampoco sé si fue cuando una mujer de guardapolvo blanco me salvó llamándome sin conocerme:

-¡Niño, niño, venga acá!

¿Será que para salvarnos necesitamos darnos órdenes, ordenarnos de una buena vez por todas para que los pensamientos comiencen a alinearse como los libros en mi biblioteca de Clorinda, como los bollitos de masa levada en las asaderas del horno de mi padre?

Me acerqué. Me acerqué como el gran pez al sedal lleno de ricas mojarras en la novela de Hemingway. Con esa mezcla de temor y atracción a lo desconocido. No sabía que esa mujer para mí entonces desconocida, me adentraría en las hondonadas de mis propios mares, en mis propias islas perdidas de Chile del siglo XVIII.

Y fui.

- ¡Arriba, Pedrito!

Esas dos palabras alcanzaban para abrir los ojos, correr la sábana y sacar un pie, el otro, pararme. En Clorinda nunca hace frío. Aquí en Buenos Aires conocí el frío, después, mucho después, un río que se te pega adentro y te destartala, te quita la alegría. El frío de los corazones es lo peor. La amargura de esta gente. Porque yo iba contento a trabajar con mi padre. Aunque no sea creíble, yo iba contento. Ibamos contentos a trabajar. Esto no es de novela, pero íbamos felices a trabajar bajo el cielo cálido y el piso rojo de una ciudad que ahora ya casi ni recuerdo. Mi padre, caminando por el camino colorado de dos kilómetros que nos separaba de la panadería, iba cantando "Niño yuntero". No recuerdo la letra. Sólo de tanto en tanto viene a mí la canción.

Todavía escucho la voz de mi papá.

La directora me dijo:

- "¿No sabe que los niños no tienen que andar por la calle a toda hora? Venga mañana a la una acompañado de su papá."

Era una orden. Y aunque parezca mentira, era una orden dicha con cariño, con respeto. Eso, respeto. Respeto por un niño. Dicen que cuando Dios creó el mundo, al séptimo día descansó. Yo creo que entre el sexto y el séptimo, escuchó a los niños.

Todavía lo escucho. Cada vez que me levanto a las cinco de la mañana vuelvo a escuchar la voz de mi padre. Mi padre abría la panadería, prendíamos el horno, preparábamos la levadura, hacíamos la masa. Amasábamos la masa con nuestras manos que eran parte de la masa. Las manos de mi padre eran como grandes mazas que golpeaban el cuerpo blando cada vez más blando del pan, el blando pan inalcanzable.

En realidad yo acompañé a mi padre desde los cinco hasta los diez años durante todas las mañanas, y sólo me dejó amasar la harina desde los ocho. Porque no quería que hiciera fuerza. Yo le pedía. "No, todavía no" – me decía cada vez que le pedía-. Entonces me iba a jugar afuera un rato, mientras iba amaneciendo y la tierra entonces sí se ponía colorada, porque hasta entonces era negra, y todo era negro, y sólo se escuchaba uno que otro sapo que se respondían uno al otro. Después me llamaba ¡Pedrito!, entonces yo sabía que era la hora de hacer los bollitos y ponerlos en la asadera aceitada. El horno ya estaba prendido, a leña, por supuesto, me gustaba ver el leño ardiendo, ese rojo vivísimo del horno todo, el leño desparramando chispas de una gran y pequeña explosión. Era lindo, sí. Era lindo verlo. Y me gustaba acercarme hasta la boca del horno, hasta que me quemara casi.

- ¡Cuidado, Pedrito!

Entonces, me alejaba.

Poner bollos. Alineaditos. Uno al lado del otro. Eran soldados. Estábamos a fines de la Segunda Guerra Mundial y ya habían llegado a Clorinda los primeros soldaditos de plástico. Me los había regalado un tío que una vez había llegado de Buenos Aires, uno de esos que se van y vuelven de tanto en tanto. Tíos de prestado, tíos inolvidables, tíos que, conocido el gran pez y como el sedal lleno de ricas mojarras se los había tragado. Tíos -mojarra que se habían ido con alpargatas y volvían con zapatos con cordones, tíos que ahora hablaban con "y", tíos-soldaditos, tíos-como yo. Yo, ahora que cuento este cuento, soy otro sedal con mojarras, el aparejo entero del viejo Hemingway un soldadito más expulsado por la orilla (alguien lucha con nosotros en su boca, alguien quiere que nos trague de una buena vez). Bueno, esos tíos me habían traído soldaditos. Me olvidé sus nombres. Yo tampoco volví jamás. Yo - soldadito, yo - sedal.

El viejo lo miró con sus afectuosos y confiados ojos quemados por el sol.

-Si fueras hijo mío, me arriesgaría a llevarte –dijo-. Pero tú eres de tu padre y de tu madre y estás en un bote que tiene suerte.

E .H., El viejo y el mar

El soldadito alemán y el soldadito americano luchaban alegremente bajo el amanecer de Clorinda al pie de un acacio negro espinoso y resucitado. Luchaban una guerra que nunca habían conocido, una guerra nunca tan terrible y espantosa, una guerra a la que yo los hacía jugar en la vereda de la panadería de mi padre, mejor dicho, en la que trabajaba papá, aunque nunca había dejado de ser de él . Jugaban a que se mataban de una

muerte siempre vuelta a vivir.

Pero en el momento del trabajo no era momento de jugar, entonces yo jugaba en mi mente. "Soldado Gómez, detrás del soldado judío. Soldado cosaco, alinéese. Soldado Francisco ¿no ve que le están ganando la retaguardia?" Y así. No sé de dónde sacaba tantos nombres, pero yo los inventaba. Y lo hacía rapidito, porque si no mi papá no me iba a dejar ir con él, y a mí me encantaba ir a trabajar con él, y él decía siempre: "Hay que trabajar. Nosotros somos pobres y hay que trabajar." "Yo te enseño este oficio, Pedrito, para que sepas hacer algo": Y así fue que, durante muchos años y habiendo terminado la escuela, trabajé de panadero. Hasta los veinte. Ya había empezado a estudiar y me tuve que ir. Primero magisterio, después abogacía. Nunca olvidé a mis padres, era como si ellos estuvieran en la isla y yo los mirara desde el mar. Siempre que leí y volví a leer *El viejo y el mar*, el viejo era mi padre, tenía las manos de mi padre, la cara de mi padre, ese cáncer benigno en el cuello por la persistencia del sol, de mi padre. Yo sigo siendo el niño que mira al viejo desde la orilla. O soy el lector que mira al naufrago en la isla perdida. Y ellos están ahí, pero están ahí porque ese es su mundo. Un mundo que trabajaron para que yo me salvara. Algo así. Como cuando mi padre hizo un círculo en el piso de tierra de casa.

- Venga, Pedrito. Es así: la directora tiene razón. Usted debe estudiar.

Mamá estaba mirando y le caían las lágrimas. Silenciosas lágrimas sobre la buena cara gorda de mamá. Y entonces fue cuando papá hizo el círculo en el piso de tierra de mi casa con un palito.

- Nosotros somos estos. Nuestros padres trabajaron. Escuela, nada. Nuestros abuelos trabajaron y nunca aprendieron a leer y escribir. Y siempre trabajamos mucho todos, para no tener nada.

Yo no entendía.

- Pero no, papá. Yo quiero seguir yendo a la panadería. Usted me dijo que si no trabajaba no iba a ser nada en la vida.

Volvió a hacer el círculo con el palito. Mientras seguía hablando el círculo volvía a hacerse sobre sí mismo, una y otra vez.

Pero nada, no. Usted, Pedrito, es lo más importante para nosotros. Usted debe salir ¿entiende?

Entonces el palito salió del círculo hacia fuera.

Ahora camino por las calles de Buenos Aires. Voy a un juicio. Un hombre, un hombre

culto, educado, un profesional (no daré más datos) había abusado de sus hijos a lo largo de veinte años. De sus hijos pequeños. Había tenido la suficiente sagacidad y astucia para que su esposa se callara y sus hijos se lo ocultaran no sólo a los demás sino entre ellos mismos. Una terapia del miedo administrada a dosis mínimas, perfectas y eficaces. Había logrado que lo mantuvieran en secreto durante todos esos años, hasta que uno de ellos habló. Voy al juicio.

Ningún pensamiento me dice tanto ahora como aquello de "...de cierto, de cierto les digo que si alguno escandalizare a uno de estos mis pequeños, será mejor que se atare al cuello una piedra de molino y se arrojará al fondo de la mar.." Y ninguno viene a mí como este ahora. Camino por ciertas calles de Buenos Aires, de cierto barrio lleno de personas apresuradas a principios de la década del 70. Extrañas sirenas aúllan en el fondo de esta ciudad. Una generación se desangra, un mundo se destruye, y en el centro de esta guerra ahora sin soldaditos en la vereda, una guerra pequeña y atroz en el centro de nuestra casa. Me pregunto: ¿Qué piedras de molino, de qué tamaño harán falta para este hombre? ¿Cómo puede ser que la dimensión humana pueda ser tan extensa que incluya a un extremo a este monstruo al que ahora voy a tratar de que quede en la cárcel, y en el otro, a mi buen papá haciendo un círculo en la tierra con un palito? Voy por las calles de Buenos Aires hacia un juicio, a intentar salvar a esos niños que ahora son dos hombres y una mujer a los que nadie les devolverá jamás la alegría, pero, por lo menos, me digo, pueda devolverles un poquito de su dignidad. Pero nada, nada, les devolverá la alegría. No en este mundo, al menos.

- ¡Niño, niño, venga acá! ¿No sabe que los niños deben ir a la escuela?

Yo creo haberla mirado con perpleja incapacidad para comprenderla. ¿Escuela? Yo tengo que trabajar con mi papá. No, los niños no trabajan. Venga acá. Y me mostró la biblioteca, un cuadro de Sarmiento, extraño el cuadro, un Sarmiento sonriente, recuerdo casi como a través de una lejana neblina somnolienta. Los niños deben leer –me parece escuchar. Yo no hablaba. Los niños deben aprender. ¿Podría decirle a su padre que mañana quiero hablar con él? Y papá fue. Yo lo estaba esperando afuera de la escuela, y cuando salió, mi papá estaba triste, no sé si por lo que perdía, o porque había descubierto que, sin saberlo, se había estado equivocando. Para reconocer el propio error y corregirlo sólo hace falta un poco de coraje. Un poco, tal vez, nomás. Un poco.

Veo la cabeza calva del acusado. Siento repugnancia. Yo estoy sentado con una mujer a mi derecha y dos hombres a mi izquierda. La mujer no llora. Mira algo a lo lejos. Tal vez no esté aquí. Escucho la voz del acusado -¿debo llamarlo "padre"?-. - Soy inocente. - dice el degenerado- Todas las acusaciones son falsas. Y luego la sentencia. Aunque detesto

las cárceles, haré todo lo posible para que este hombre viva hasta su último aliento dentro de una.

No sé aún qué extraña o curiosa suma de hechos hicieron que ese atardecer, cuando ya era libre para jugar -los pies descalzos y colorados por la tierra de Clorinda- una mujer y yo estuviéramos en el mismo lugar. Me pregunto cuántos Pedritos no estarán en esas circunstancias hoy, ayer, mañana. Me pregunto cuántas piedras de molino triturarán el trigo de esa siembra inconclusa, cuántas piedras harinarán los caminos de los adultos, cuántas piedras de molinos se atarán a los cuellos de los insensatos, de los degenerados, de los esclavizadores de niños, de los que los prostituyen serena, silenciosamente. Una piedra de molino que harina, una piedra de molino en el fondo de la mar, ¿en el fondo de la boca del gran pez?

Saludo a la mujer y a sus dos hermanos. Siento sus manos cálidas. Tal vez se salven. Yo vuelvo a casa. Me esperan mis hijos -tengo tres- y mi esposa. Se llama Luisa. Ellos no saben aunque se los cuente, cuánto me salvó aquella directora de Clorinda, cuánto me salvó mi padre, cuánto me salvan ellos hoy.

Mamá murió hace cinco años. Me escribo con mis hermanos largas cartas y nos volvemos a ver. Papá se fue hace dos. Siempre vuelve a hacer el círculo en el piso de tierra de mi rancho de Clorinda con el palito. Hace el círculo y vuelve a hacerlo, una, dos, tres veces, hasta que sale del círculo, el palito. Así.

Luz de esperanza por Alejandro Gustavo Seta

Ella era una niña especial, tan sólo siete abriles marcaban su edad y su inocencia. Una lánguida figura expresaba sus carencias, sus pequeños ojos rasgados, tan oscuros como las sombras delineaban su rostro de porcelana. De nariz respingada y pestañas arqueadas que se hamacaban con la suave brisa de verano. Pero había algo que la diferenciaba de muchos seres, una cálida sonrisa que dejaba traslucir su interior y que simplemente reflejaba su alma. Luz era su nombre, una identidad que hablaba perfectamente de ella y que llenaba los vacíos surgidos por los inevitables silencios que colmaban su vida. Cuán necesaria resulta en ciertos momentos la ausencia de palabras, pero que difícil es acostumbrarse a la agonía de permanecer sumergido en el silencio. Luz no había sentido nunca la necesidad de hablar, de expresarse frente a otro o tal vez nadie le había dedicado un instante para que se generara el deseo de soltar las palabras que tanto atesoraba. Sus emociones, su sentir, sus pensamientos se enredaban en lo más profundo de su existencia, tan lejos que hasta ella misma los desconocía. La niña había aprendido a crear sus calles, sus lugares, sus tiempos y su vida a partir del hoy, ya que el mañana le resultaba incierto y el futuro se hundía en el vacío de su soledad. Este mundo propio, que reconstruía con mucho esfuerzo, estaba plagado de imágenes, de vagos recuerdos, de fragancias intensas, de colores con un significado particular enlazado a cada reminiscencia que irrumpía desvaneciéndola y era en esos instantes, cuando la mirada se le perdía en el universo interno de su abandono. Todo aquello de lo que creía necesitar, se hallaba en la profundidad de su esencia, de su mismo ser y por tal razón se sumergía en sus sueños cada vez que deseaba encontrarse. Cada tarde, a la misma hora, Luz se sentaba en esa extraña estación de tren y esperaba largo rato hasta que oscurecía. Sus piernitas colgaban de aquel banco de madera verde, que cada día, era el descanso de pocas personas que parecían tener claro su destino. En el pueblo de Esperanza, habitaban sólo aquellos seres que parecían haberse extraviado en la paz del olvido.

La niña era un personaje más de aquel lugar, ya que era habitual encontrarla vagando sin rumbo fijo y visitando cada rincón del pueblo como si fuera la primera vez. Creo que eso la transformaba, entre otras cosas, en alguien especial. Sí, era la alegría que irradiaba

al acercarse a cada flor del colorido paisaje de Esperanza o su capacidad de sorprenderse frente a cada detalle que para el resto se tornaba indiferente. Sus ojitos se humedecían cuando a la mañana corría por los caminos de tierra, disfrutando de la polvareda que al darse vuelta marcaban sus huellas. Sus sentidos se conectaban aún más, cuando sentía el aroma del pan caliente que Jaime sacaba del horno, porque significaba que le regalara los dos primeros bollitos. Su corazón palpitaba acompasado, cuando de la iglesia se oía el campanario anunciando la misa de las ocho de la mañana. Pero una gran emoción brotaba al cruzar el viejo puente, ya que detrás de los arbustos, Luz había descubierto su lugar en el mundo, aquel único lugar que del afuera parecía pertenecerle.

Era una laguna transparente, con algunas piedras por donde el agua se escapaba formando una cascada y en donde el reflejo del sol como un haz de luz, le devolvía un arco iris que resguardaba sus deseos. Transcurría el tiempo y la niña se conformaba con imaginar que cada color representaba un sueño diferente y que su variada intensidad, se debía a la fuerza que cada uno contenía. Y así entretejía un mundo de ilusiones en las que se zambullía alegremente. Esta niña nunca supo si los recuerdos formaban parte de su historia, o si ella misma los había creado, pero sí sabía que le alcanzaban para seguir soñando. Había aprendido que cada uno de ellos tenía un sentido particular, que hablaban de ella y que jamás nadie se los quitaría. Extrañamente, sus condiciones de vida o los derechos que a su infancia se le negaron, torcieron su vida pero no desvanecieron sus sueños. Sin embargo, Luz percibía que esa realidad no era similar a la de los otros niños y cuando esto sucedía, se acercaba a la plaza en donde jugaba a tener una vida diferente a la suya. Trataba de que cada momento fuera único y los colmaba de sensaciones que la hicieran disfrutarlos como si fueran irrepetibles. Cada mañana, cuando apenas unos rayos de sol golpeaban su fragilidad, despertaba y daba inicio a su búsqueda. Recorría cada pequeño espacio, hasta los más escondidos, para hallar algún detalle que formara parte de sus "atrapa sueños". Sí, a eso se dedicaba, aunque muy dentro suyo, sabía que los sueños nacen para ser libres, para soltarlos y que sigan el camino adecuado hasta concretarse. ¿Por qué entonces eligió ese nombre para sus creaciones? Y una simple respuesta surgía; porque estaba convencida de que cada sueño de los miles que vagaban en el lugar donde se anidaban sus fantasías, debía ser elegido, atrapado para convertirse en realidad. La niña dedicaba horas pensando qué de su trabajo haría que los demás niños se sintieran identificados, qué detalle asombraría a otros pequeños seres, que como ella, pasaban su vida soñando. Es así como encontraba la motivación perfecta, poniéndose en el lugar del otro, tratando de sentir lo que ellos sentían y creo que justamente ahí radicaba el éxito de cada obra. No parecía algo tan complicado. Sin embargo, cuántos minutos dedicamos a esto, a tratar de percibir lo que el "Otro" siente, a intentar pisar las mismas huellas dejadas o a proponernos no opacar las lentes con las que miramos el

resto del mundo, que para nuestra sorpresa, también existe.

Luz conocía tanto su pueblo, que sabía cuál era la especie de cada árbol, plantas y aves que formaban el paisaje del mismo. Y era de gran ayuda para su trabajo, ya que al finalizar cada día, se alojaba debajo de algún nido esperando encontrar una pluma perdida de ave que guardaba cuidadosamente en su morral. Lo mismo hacía con cada flor caída, con cada pequeña piedrita que por su color o forma lograban que detuviera su recorrido. Con las monedas que premiaban su trabajo, compraba diversos hilos coloridos para armar la base del "atrapa sueños", la cual tejía con mucha dedicación dejando pender largos hilos de los que colgaría los detalles que se le ocurrían. Luego se sentaba en la plaza y trabajaba sin cesar hasta que finalizaba cada producción. El tiempo corría sin dejar rastros, sólo la ausencia del sol la obligaba a detenerse en diversos lugares para ofrecer su trabajo. Muchas veces, la gente se asombraba frente a sus creaciones y esto era lo que ella más disfrutaba, ver la sonrisa de los otros al apreciar lo que hacía. Cada noche, cuando las calles se tornaban vacías y sólo el crujido de las hojas se oía, Luz contaba sus monedas pensando en la cena. Pasaba por el negocio de Jaime, quien le entregaba algunos panes que quedaban del día, también por la verdulería en donde Rosa colocaba las frutas y verduras que seleccionaba para la niña. Y en ese preciso instante entraba en el mundo real, se conectaba con las carencias que le hacían sentir una soledad inexplicable.

Rápidamente caminaba hacia la iglesia, en donde el gran portal de madera se antecedería por una arcada que dejaba un vacío o una guarida para la pequeña. Ese era su lugar, donde cubierta con una manta de colores que ella misma había tejido se entregaba a los sueños. Muchas veces le habían ofrecido algún sitio para pasar la noche, pero ella buscaba otra cosa, esperaba anidarse en un hogar donde tuviera un espacio que no fuera prestado. Entonces agradecía a Dios, por permitirle reposar en su casa, tan cercana a Él que podía sentir su protección. Cada rezo, cada plegaria que Luz elevaba, era un canto a la vida, por tal razón quién mejor que Dios para velar por sus sueños.

Un día, al despertarse, la niña intuyó que algo bueno sucedería. Era una sensación extraña, como si un manojito de nervios anudara su estómago, aunque no impidió que iniciara su rutina. Sin excepción, al escuchar el sonido de las campanas, se arrodillaba en el primer banco y rogaba a Dios que la bendijera. Sin que nadie lo supiera y antes que el sacerdote diera el sermón, con su propia manta de lana, limpiaba cuidadosamente el altar, dejando que la madera resplandeciera cuando llegara el momento. Lo mismo hacía con cada imagen que rodeaba la iglesia, dejando a sus pies tres bellas flores que marcaban su presencia. Cada vez que llegaba la señora Ana con su hijo, Luz se quedaba

extasiada admirando con qué amor el niño era tomado de la mano por su madre. Jimmy, de profundos ojos celestes y cabello dorado seguía rítmicamente los largos pasos de Ana y sólo se detenía en la mirada de la pequeña, devolviendo la inocencia que sus ojos reflejaban. Luego, ambos ingresaban a la capilla aunque minutos después de iniciarse la celebración, Jimmy se levantaba y sigilosamente caminaba hacia el portal que entreabierto, dejaba escapar un rayo de sol. Indescriptiblemente el silencio de dos pequeñas almas se unían, permaneciendo ajenas a todo aquello que rompiera su hechizo. El niño se sentaba en el escalón de la entrada, esperando que Luz aceptara su compañía. La escena se repetía cada jornada, pero con intensas sensaciones que lograban ser vividas como vez primera. Tan sólo sesenta minutos bastaban para que la soledad de Luz se esfumara.

Una mañana, Jimmy sacó de su bolsillo una flor de intenso color rojo y la entregó a la niña sin emitir palabra alguna. Luz extendió su mano y acariciando sus pétalos la miró extrañada por varios segundos. Era la única flor que creía desconocer, jamás la había visto. Su tallo de un verde furioso, irregular y como aterciopelado. Sus pétalos grandes, con forma de corazón terminando en una gama de colores tenues que mostraban su delicadeza y sostenidos por un centro que brillaba como oro. La pequeña levantó su mirada buscando la de Jimmy y le regaló una sonrisa tan sincera que transformó su rostro en pura emoción. Permanecieron allí, tomados de la mano sin moverse, como si el tiempo hubiera congelado ese momento tan especial atrapando sus sensaciones. Luz ahora no era la misma, porque existía alguien que no sólo la había visto sino que ahora la miraba, que no sabía de ella pero que la estaba conociendo, simplemente alguien que le había ofrecido su corazón. De repente, cortando la magia de aquel instante, comenzó a escucharse el eco de los pasos que se acercaban, pues la misa había finalizado. Luz y Jimmy se levantaron sin soltarse de las manos, ella miró hacia abajo y el niño suavemente levantó su rostro, se acercó y le dio un beso en la mejilla. Luz quedó inmóvil, su piel se erizó y sintió que ese beso había sido suficientemente largo para mostrarle que podía ser feliz, pero suficientemente corto también como para aprender a disfrutar de esa felicidad.

El día continuaba y Luz miraba las mismas cosas pero con otros ojos, sin poder borrar la sonrisa constante que enmarcaba su rostro. Fue de Don Jaime y degustó como nunca aquellos panecillos que bondadosamente le regalaba. Corrió tanto, que su corazón agitado le pedía descanso, por lo que decidió recostarse bajo su sauce preferido hasta quedarse dormida. Ahora, un aparente sueño se gestaba, pero qué diferente era, tanto que parecía real. Ella se encontraba en el mismo lugar, con los ojos abiertos y expectantes. De pronto, una sombra se perfilaba destacando la silueta de un hombre que llevaba

sombrero, bastón y se acercaba a su encuentro. Luz continuó sentada, sin pestañear, hasta que escuchó una voz grave preguntando su nombre. La niña lo miró para saber si podía reconocer de quién se trataba, pero este hombre no pertenecía al pueblo. Tenía cabello blanco, una tupida y larga barba, de rasgos duros y mirada penetrante, aunque esto no la intranquilizaba. Había algo en este ser que le transmitía una paz absoluta.

Al no conseguir respuesta a su pregunta el hombre se presentó diciendo:

-Mi nombre es Pedro, no soy de aquí pero vine a buscar a alguien.

La pequeña no despegó sus ojos de los de Pedro, levantó los hombros y miró hacia abajo como si no hubiera escuchado. El hombre dejó su bastón y con dificultad, se sentó a su lado.

Transcurrieron varios minutos con un pesado silencio y Pedro exclamó:

-Desde hace mucho tiempo emprendí un largo viaje. Recorrí varios pueblos hasta hoy, pues sé que en Esperanza, finalizó mi búsqueda.

Hacía mucho calor. Pedro sacó de su bolso de cuero marrón una botella con agua y le ofreció a la niña, quien aceptó rápidamente. Luego dijo tener apetito y del bolsillo derecho de su pantalón sacó dos panecillos idénticos a los que hacía Don Jaime. Ambos comieron, mirando la forma en que los pájaros y mariposas, posaban sobre una y otra flor como bailando un vals.

Para cortar nuevamente ese silencio que los perseguía el hombre preguntó:

-¿Qué llevas en tu morral?

Luz lo abrió con cuidado y le mostró cada uno de sus "atrapa sueños". Pedro los tomó y reparó en cada detalle, en el tejido de su base, en cada hilo de color que pendía de ella, sosteniendo piedritas de diversos tamaños que acompañados por la cálida brisa, emitían un sonido especial. Su asombro logró que con mucha ternura la mirara sonriendo por varios segundos. Luz, al percibir esto, eligió uno de sus trabajos y se lo entregó. Pedro agradecido, arrancó la medalla que colgaba de su pecho y le dijo:

-Esta medalla es muy especial para mí. Prometí que nunca me iba a deshacer de ella, excepto que en alguna oportunidad Dios, me enfrentara a un ser que mereciera tenerla tanto o aún más que yo. Y hoy es el momento.

Se acercó a la niña, le colgó la medalla y ella con la mirada humedecida agradeció. Luego, el hombre se levantó y con lentos pasos se fue alejando del lugar. Luz cerró sus ojitos un instante y al abrirlos estaba totalmente confundida, no entendía el significado de

aquel sueño. Fue entonces cuando revisó su bolso y se dio cuenta que faltaba uno de sus trabajos, ése al que se rehusaba a vender. De repente, vio que de su pecho colgaba una larga cadena con un sol, de donde parecía salir una energía radiante. En la parte superior de la medalla había una inscripción grabada: "Lux". Varias secuencias pasaron por su mente, como intentando recorrer lo que había vivido y confirmando que no era otra de sus fantasías. Qué representaría la aparición de ese hombre en su vida, porqué se había perdido como cada cosa que formaba parte de su desconocida historia. Luz dejó de preguntarse, cansada de no encontrar respuestas y emprendió una nueva búsqueda.

Al recorrer las calles de Esperanza, recordó que Don José era el hombre más viejo y sabio del pueblo y que tal vez, podría ayudarla a aclarar sus dudas. Corrió y corrió, tanto que sus piecitos descalzos dejaron de sentir, en cada paso, el calor de la tierra.

Al llegar, Don José estaba sentado en la vereda, bajo la sombra de un árbol, como esperándola. La miró y aunque sabiendo la respuesta indagó:

-¿Qué buscas por aquí?

La niña se descolgó la medalla intentando comprender. El viejo la observó, sonrió en silencio y pronunció en voz alta:

-“Lux”. Esta palabra proviene del latín y significa “Luz”, como tu nombre.

Pequeña, creo que por fin estás preparada para armar el rompecabezas de tu historia y éste es el comienzo.

La niña lo miró como sin entender lo que escuchaba pero sabiendo internamente a qué se refería. Tomó la medalla, volvió a colgársela del cuello y continuó su rumbo. Vagó por cada rincón de Esperanza sin hallar rastros de ese hombre, pero en esta ocasión su recorrido tenía sentido y por primera vez sabía qué buscaba, quería encontrar el rumbo de su destino y enderezar aquella vida torcida.

Llegó la noche, pero sólo la luna y las estrellas iluminaban Esperanza. Ese día había terminado, pero no con sus ilusiones ni con el sueño de reconstruir su pasado.

Sus ojos no lograban apagarse para descansar y en la puerta de la iglesia sólo rogaba a Dios que pudiera destapar lo que permanecía velado. Cada segundo era interminable y parecía no empujar la aguja del reloj para que las horas transcurrieran. Creo que nunca antes se detuvo en aquella torre erguida ubicada en el centro de la plaza, en donde el reloj marcaba el especial tiempo del pueblo. Luz empezaba a sentir que el peso de la soledad la golpeaba sin tregua y que el mundo de fantasías que había creado ya no la ayudaba a sobrevivir sin angustia. La pequeña, estaba conectándose con un mundo más real que el de sus sueños y aunque doliera, sabía que para poder crecer debía asumir el

riesgo. Cuál era su verdadera identidad, cómo era su historia, porqué había crecido sola, quién había sido capaz de robarle sus recuerdos, las palabras, su infancia y con ésta sus derechos. Miles de interrogantes se ahogaban en la tormenta de su ignorancia, pero confiaba en que detrás de todo esto hallaría la calma.

De pronto el amanecer la despabiló aún más y abrió una gran preocupación, esta vez no había gestado sueño alguno ni siquiera despierta, como solía hacerlo. Las campanas hicieron vibrar su cuerpo y ella seguía recostada, pero no intacta. Esa mañana fue inusual, Jimmy no concurrió a misa ni las contadas ancianas que ocupaban de manera estable los tres primeros bancos de la iglesia. Las palomas no se habían acercado a los baldosones de la entrada buscando las migajas que Luz desperdigaba. Ya nada era como antes y ésta tampoco era su vida.

Su mirada perdida no podía trascender las rejas de la capilla, Luz se estaba apagando en la tristeza de su dejadez. No trabajó en sus pequeñas obras de arte, ni ofreció “atrapa sueños” para juntar monedas. Los primeros bollitos de pan, se secaron casi tanto como lo estaba haciendo su alma.

Llegó la tarde, luego la noche y Luz permanecía ausente, marchita. Casi sin darse cuenta se quedó dormida y a la medianoche abrió sus ojos sintiendo que la observaban. Era Pedro, aquel hombre que podría ayudarla a resolver el enigma. Pedro se puso de rodillas, la cubrió con la manta con la que Luz se cobijaba y la abrazó tan fuerte como pudo quebrándose en llanto. La niña pasó la mano por su cabeza acariciándolo, secó sus lágrimas y besó su mejilla. Él buscó su mirada y dijo:

-“Lux”, invertí cada minuto de mi vida para hallarte y ahora sé que fuiste quien orientó la brújula de nuestro destino. Perdí mucho en este tiempo, pero como Dios es sabio, me enseñó que los sueños son aquello que nos permite ver como posible lo que deseamos y que la esperanza es la fuerza que los encauza hacia su concreción.

Tu madre, eligió el nombre “Luz”, porque de pequeña yo decía que era ella el sol y que cada vez que sonreía hasta la más densa oscuridad resplandecía. ¡Qué otro nombre habría podido elegir para su hija! Sé que desde el cielo, tus padres se enorgullecen por tu fortaleza y valentía.

No dejes que los confines de tu mente y de tu corazón te cieguen, porque las cosas más bellas del universo del ser, ocurren sin explicación. Todo lo que se desea, debajo de este cielo tiene su hora.

Hay tiempo de nacer, de vivir, de aprender a disfrutar, de cosechar y de sembrar, de llorar pero también de reír, de recordar pero también de olvidar.

Luz, ahora es nuestro tiempo, el Hoy es el fruto del mañana y tengo la certeza de que juntos podremos transitar un nuevo camino.

Sólo porque en este momento estás preparada para saber, yo estoy acá e intentaré llenar cada hueco de tu historia.

Sé que hay vacíos tan profundos que ninguna presencia puede taparlos pero el verdadero amor ayuda a vivir a partir de lo que se tiene y no de lo que falta.

La niña con un largo suspiro se tranquilizó, abrazó a su abuelo y con intensa emoción expresó sus primeras palabras:

-Gracias, ahora sé que eras a quien tanto esperaba.

El ojo del pez

Pablo Casaux

Salgado lee el diario con los pies arriba de una silla. Es demasiado gordo para caber sentado en una sola, así que utiliza una banqueta como refuerzo. Le duele un poco la cabeza y es porque no ve bien. Frunce el ceño para fijar las letras pequeñísimas sobre el papel, pero es inútil: las líneas se borran y entrecruzan como si fueran una fila de hormigas. El médico le ha recetado anteojos, pero él se niega a usarlos. Le dijo a Mabel que aún se siente joven como para andar con esos artefactos. Nunca los precisó y ponérselos ahora era como parecer un inválido, le dijo. Salgado acaba de cumplir sesenta y dos años y trabaja como sereno en la Fábrica Plásticos del Sur. Su horario de entrada es a las cinco de la tarde, cuando todos se han ido, pero él llega cuatro y media para fumar su sexto cigarrillo y leer el diario antes de que se lo lleve Gonzáles, el vigilante de la mañana. Si Gonzáles encontrara el diario sobre el escritorio se lo llevaría seguro.

Además de fingir, le gusta leer las noticias para luego tener algo de qué hablar con Mabel. Por eso se esfuerza hasta el límite y la cabeza le duele cada vez más. Debe impedir que Gonzáles se lo lleve. Se lo prometió a Mabel y le gusta cumplir.

Gonzáles no es un buen tipo. Es más joven que Salgado y siempre que puede se lleva el diario a su casa. No le importa nada de Salgado y sus promesas, de hecho, hace un tiempo que intenta colocar a su sobrino en el turno de la noche. Por eso, cada vez que se le presenta la oportunidad, le recuerda al jefe de personal que Salgado está muy viejo para ese trabajo, y que si un día entraran a robar la fábrica, Salgado se moriría de un infarto antes de enfrentarse con los ladrones. Esto se lo contó el jefe de personal a Salgado porque son amigos desde hace tiempo. Pero Salgado no odia a Gonzáles por esto. En cambio, siente pena de sí mismo y algo de vergüenza por envejecer. Gonzáles merece una buena patada en el culo pero él no podría dársela. Está muy gordo. Y muy viejo.

Arriba de la hornalla está el café en un jarro. El médico se lo tiene prohibido porque dice que un café solo es acompañado de un buen cigarrillo y eso sería fatal para sus

arterias. A la mierda con ese curandero, piensa Salgado. Se levanta con mucho esfuerzo, bajando primero una pierna y luego la otra, mueve el culo como si lo tuviera enterrado en un hoyo. Saca su jarrito de loza de un armario y lo sirve hasta la mitad con el café casi hirviendo. Le pone dos cucharadas de azúcar y revuelve. Toma un sorbo de golpe y se quema la lengua. Se seca la boca con el dorso de la mano y vuelve a su asiento. Pero allí está Gonzáles leyendo el diario. No lo escuchó entrar, ni correr la silla, ni doblar las páginas del diario. No escuchó nada.

- ¿Qué estás haciendo?, -le pregunta.

- Leo el diario...-contesta Gonzáles.

- Estás sentado en mi silla, -dice Salgado.-

- No me digas, responde Gonzáles -y repite -

-¡No me digas!, mirá vos, ahora tenés silla particular. Hace cuarenta años que trabajo acá -dice Salgado, -pero Gonzáles se hace el sordo y sigue pasando las hojas concentrado en la lectura.

- Se merece una patada, -piensa Salgado. -Se merece eso y mucho más este hijo de puta.

- Tu turno ya terminó, -le dice Salgado con la taza en la mano, parado al lado del escritorio.

- Estoy haciendo horas extras, replica Gonzáles con esa tonta monotonía y agrega mirando detenidamente una noticia: parece que van a cerrar la fábrica.

Salgado casi derrama el café en el escritorio. Contiene el temblor y dice: no puede ser. Está en el diario, contesta Gonzáles con una sonrisa, parece feliz. Muchos años, murmura Salgado, pero Gonzáles no lo escucha y le dice: vas a tener que conseguir otro trabajo.

Gonzáles se levanta corriendo la silla hacia atrás. Dobla el diario y lo coloca bajo el brazo. Salgado sigue de pie mirando la nada, y pregunta por qué. Contaminación del río, dice Gonzáles y mirándolo por primera vez arroja el diario sobre el escritorio: Léelo, le dice a Salgado, está en la página cuatro.

Gonzáles se aleja por el pasillo silbando. Salgado se acerca a una de las ventanas de la oficina y mira el atardecer brumoso que comienza a caer sobre el terraplén de entrada a la fábrica. Está vacío, parece muerto. A los diez minutos aparece Gonzáles montado en su bicicleta. Mira hacia el cielo y pedalea con fuerza hasta el puente. Detrás va Renguito, su perro.

Salgado se siente descompuesto y se apoya en la mesada. Sus piernas no lo sostienen. Deja la taza con el café y abre el diario en la página cuatro: CERRARÍA FÁBRICA, dice el título. Trata de leer el contenido pero no puede, sus ojos están destrozados. Sin embargo, distingue algunas palabras como contaminación y peligro. Era verdad, piensa mientras cierra el diario y lo deja a un costado. Ha perdido todo interés por él. Bebe el café en dos grandes tragos y se ahoga. Escupe en el suelo y limpia el gargajo con la suela del zapato. Ahora la cabeza le duele más que antes. Es un dolor distinto, más agudo y profundo que

le llega hasta el estómago. Tambaleando, se apoya en la ventana que da al riachuelo. Allí es donde la fábrica arroja los desperdicios desde hace muchos años. Y por culpa de ese riacho de mierda, él va a perder su trabajo. Si tuviera los explosivos suficientes lo volaría en pedazos. Entonces se ríe: es imposible destruir un río con dinamita, además, la fábrica ya lo está haciendo por él y no parece ser la solución.

El riachuelo está a unos cien metros de la fábrica. Los separa una montaña de escombros y residuos que no se utilizan. Salgado mira la caída del sol sobre las aguas. De pronto cree ver algo distinto. Tiene forma rectangular y algo se mueve sobre ella. Está en la orilla. A Salgado le parece un bote a punto de introducirse en el agua. Pero no alcanza a ver. Le duele demasiado la cabeza.

Hueso juguetea con una botella de lavandina vacía. La aplasta, le saca el aire y la vuelve a inflar soplando con toda su fuerza. Después la tira a un costado y busca otra. Está subido en el carro de su papá a la orilla del riachuelo. El carro está repleto de botellas y envases de plástico que su papá vende a la fábrica para que los reciclen. Su papá trabajó ahí durante muchos años hasta que perdió una mano en una máquina y lo despidieron. La quería mucho, más que a su mano. Tanto, que una vez en la calle siguió ligado a ella vendiéndole desperdicios que recolectaba en el basural.

Hueso mira por encima de los escombros hacia la fábrica y ve a un hombre asomado a la ventana. Deja caer la botella al piso y lo saluda agitando su mano pero el hombre no le responde. Entonces mira el agua que corre mansa, sin prisa. El sol está bajando y siente un poco de frío. Sobre todo en los brazos. Siempre tuvo frío en los brazos. Por eso le dicen Hueso, porque tiene los brazos muy flacos y se le enfrían enseguida.

Revuelve entre las botellas y encuentra su caña de pescar. Siempre la lleva en el carrito. Es una caña sencilla, de un metro y medio de largo con un pedazo de tanza atada en la punta. El anzuelo es un pedazo de alambre doblado y filoso. Su hermano Lucas lo ayudó a construirla. Le dijo que era para pescar mojarras, pero él siempre soñó con sacar un gran pez y llevárselo a su papá. Ahora está pensando en eso. Tiene tiempo. Le quedan dos horas hasta que se haga noche y tenga que volver. En ese tiempo puede sacar un gran pez dorado y llevarlo a su casa para la cena.

Salta del carro y recoge en una mano el hilo. Le ata una piedra en la punta, engarza un pedazo de carne en el anzuelo y la arroja con toda su fuerza. La piedra ha caído a unos cuatro metros de donde está parado, así que recoge el hilo y se acerca más a la orilla. Las olas del riachuelo son pequeñas y rápidas. Hueso no quiere mojarse las zapatillas

pero no hace a tiempo. Apenas pisa el barro blando, una ola le cubre los pies. Patea al riachuelo y a sus olas, al agua marrón. Arroja la piedra con todas sus fuerzas. Esta vez llega mucho más lejos y la tanza queda tirante. Hueso sonríe satisfecho. Pero la alegría le dura poco, y le da bronca que sea así. Al arrojar la piedra, la presión hizo que se hundiera en el barro hasta los tobillos. Mueve un pie primero, luego el otro. Es peor, cada vez se hunde más. Hueso está asustado. Sabe que a los diez años cualquier chico se asusta de las cosas que no conoce, de las prisiones; pero su papá y su hermano le dijeron que ya era un hombre, que quien tiene la responsabilidad y la fuerza de cargar el carrito hasta la fábrica es necesariamente un hombre, y él dijo que lo era.

Estira la caña para recoger el hilo y se hunde otro poco. Por un momento lo invade la sensación de irse, de volver a casa. Pero no puede abandonar la caña allí porque entonces Lucas se enojaría. Además, quiere llevarse su pez. Trata de calmarse. Lucas vendrá, piensa, Lucas tiene que venir a traer el otro carrito. Mira el riachuelo y se tranquiliza. Está hundido hasta las rodillas pero sabe que el agua no le hará nada. El agua es buena, le dijo su papá. También le contó que varios años atrás, cuando la fábrica recién empezaba, los operarios se juntaban los fines de semana y competían para ver quién sacaba el pez más grande. Le contó que una vez un hombre que se llamaba Orellano sacó uno tan grande que tuvieron que ayudarlo entre todos. Por supuesto que Orellano fue el ganador de ese día y de todos los otros ya que nadie llegó a sacar un pez tan grande, nunca.

Hueso piensa que él puede ser el ganador aunque no haya otros competidores. Podría sacar un pez más grande que el de Orellano, podría hacerlo si quisiera. Y quiere. Por eso manotea el bolsillo de atrás y acaricia la navaja que le regaló Lucas para su cumpleaños. Es una navaja de pescador, le dijo Lucas, con ella se puede cortar la cabeza de un tiburón si hubiera tiburones en el río. Hueso sabe que siguiendo el curso del río arriba, caminando durante algunos días, se puede llegar al mar. Y en caso de hacerlo, tiene lista su caña y su navaja para pescar peces más grandes y poderosos de los que pudiera sacar en el río.

Piensa en su pez que lo está esperando en algún lugar del lecho. Tendrá hambre y comerá la carne del anzuelo y quedará atrapado. Unas manchas flotan sobre la superficie y Hueso las ve pasar. Van a espantar a mi pez, deduce, pero las sigue mirando como si estuviera hipnotizado. Las manchas son redondas y vienen de los desagües de la fábrica. El sol, que ya es una bola naranja sobre el horizonte, refleja los últimos rayos sobre ellas cambiándoles el color. De lejos parecían azules, pero ahora que están cerca parecen verdes. A Hueso le recuerdan los ojos de Lucas, también son verdes como las manchas, solo que más chicos. Por un momento se olvida de su pez y mira los ojos gigantes que se acercan. Son muchos. No los puede contar pero sabe que son muchos. Le envuelven

las rodillas pequeñas y flacas. Se le adhieren a la piel y Hueso las mira fascinados. Las manchas se abren y se cierran con el movimiento de las aguas. Hueso suelta una de las manos que sujeta la caña y las toca, hunde el puño. Las manchas se abren formando círculos más pequeños. Ahora sí se parecían a los ojos de Lucas.

El agua está tibia y espesa. La mano de Hueso juega un poco con ella. La levanta y la deja escurrir entre los dedos. Afuera hace frío, pero bajo el agua todo está tan caliente, que Hueso tiene ganas de sumergirse en el fondo y quedarse a dormir. Pero su pez lo espera. En algún lado, el pez busca la carnada de Hueso para comerla. De pronto se le ocurre que esas manchas casi invisibles, son los ojos del pez que lo observan, entonces se da cuenta de que no es uno sino muchos los peces que podría sacar. Cómo me ven, piensa, cómo será mi cara mirada por los ojos de un pez.

La noche se está cerrando. El cielo se ha puesto de un color violáceo. El sol ha caído detrás de los edificios. Hueso alcanza a ver las luces débiles del muelle que se bambolean por el viento. Pero eso es en el otro lado, bastante más lejos de lo que Hueso quisiera. Porque donde está, todo es oscuro. Hueso no ve nada, pero siente que el agua le ha llegado hasta los pantalones cortos y le moja las bolas. Tiene ganas de mear y mear. Debería sentir el líquido caliente corriéndole por la pierna, pero todo está tan caliente que no nota la diferencia. Por primera vez mira hacia atrás y es porque escuchó un ruido que se acerca desde la ruta. Es Lucas y se pone loco de contento. Lucas lo va a sacar aunque a él le gusta estar donde está. Lucas marcha con su carro a unos trescientos metros, justo sobre el puente. Hueso le grita, lo llama por su nombre: Lucas estoy acá, vení. Y Lucas sigue marchando con el pesado carro a cuestas. Hueso se desespera, agita la mano, se mueve enloquecido. Y cada vez se hunde más. Cada movimiento es un poco más adentro, y más barro, y más agua caliente, y ningún pez.

Lucas se va, sigue su camino hasta el depósito. Los ojos verdes de los peces ya son millones. Pero no están los de Lucas, que ya ha cruzado el puente perdiéndose en la oscuridad.

Gonzáles pedalea con fuerza y atraviesa el puente. Ahora le queda la bajada hasta la entrada de la fábrica. Renguito corre detrás suyo con la pata quebrada en el aire. Gonzáles se vuelve y lo mira sonriendo. Es un gran perro, piensa, lástima lo del camión en la ruta. Gonzáles se deja llevar por el envión y suelta los pedales. Pega un grito. El viento le limpia la cara de sueño. Hoy tiene que hablar con el jefe de personal para que saquen a Salgado de una vez y así pueda entrar su sobrino, se lo prometió.

Se detiene unos metros antes de la puerta de entrada y mira hacia la oficina de vigi-

lancia. Salgado debe estar dormido porque no está espiando. A lo mejor se murió anoche de un ataque, piensa. Apoya la bicicleta en un caño y le pasa la cadena. Le llama la atención que Renguito no esté a su lado olfateando. Mira hacia el riachuelo y lo ve en la orilla, con el hocico metido dentro del agua. Lo llama con un silbido y el perro responde. Viene hacia él, corriendo, saltando entre los escombros y las montañas de basura. Entre los dientes trae una caña con un hilo atado en la punta. Gonzáles sonrío, le acaricia la cabeza y entra en la fábrica.

Un septiembre para Analía

Julia Sandra Bitonto

Nunca había visto tantas flores como en esa primavera. Rosas, margaritas y jazmines, bajo el cielo de septiembre. Empezó a pensar, mientras el tren la llevaba a casa, en las cosas que más le gustan. A ver... ama las flores, ama los pájaros, le gustan las fiestas de cumpleaños donde se baila música divertida, donde hay rica torta de chocolate, donde todos son amigos. Y las charlas con las amigas, y los secretos fielmente guardados, y las promesas de amistad eterna. Y comer hamburguesas. Ya le pediría a mamá, cuando llegue a casa, que le prepare una hamburguesa gigante con queso y mucho, pero mucho ketchup. Y las revistas para adolescentes... apenas baje en la estación, se va a comprar ésa que tanto le gusta, donde aparecen los chicos que protagonizan esa novela de la tele que jamás se pierde, que bailan, cantan, y son tan lindos... que suerte que papá ya le dio su mensualidad, porque además quiere comprarse ese par de zapatillas de moda, que ya tienen un par de sus amigas, y que venden en el local de la galería de la estación. Falta poco para su cumpleaños, dentro de un mes ya tendrá trece años, quizás la tía Bety se lo regale, piensa, mientras el sol le pega de lleno en la cara y la brisa le despeina el cabello castaño y suave, liso y brillante.

Un mensajito a su celular la sacó de sus pensamientos. Era mamá, preguntando si le faltaba mucho para llegar. Decidió llamar a casa.

–En media hora llego, mami, al mediodía estoy en casa. Me fue bien en la prueba de Naturales, me senté con Caro y respondí todas las preguntas. La profe se sorprendió, fui la segunda en terminarla. Y por el gesto que me hizo mientras la leía, estoy segura que me saqué una buena nota. Ya te voy a contar cuando llegue- le dijo, contenta.

Comenzó a recordar la charla que tuviera esa mañana en el recreo con su mejor amiga, Sabrina.

–Cuando termine el secundario, voy a estudiar para ser doctora, médica pediatra, como la Doctora Mónica, que me atiende desde que era bebé. Y voy a trabajar en el hospital, y siempre voy a tener a mano un frasco lleno de caramelos para darles a los chicos que estén asustados o tristes. Ningún chico nunca debería estar asustado y llorar por eso. Es muy injusto que eso pase. Los chicos siempre deben estar felices y reír, reír mucho. ¿Hay algo peor que un chico con miedo o que un chico triste?- reflexionaba.

Ya se imaginaba con su delantal blanco y su estetoscopio al cuello, pesando y midiendo bebés y recetando medicamentos, con esa letra tan rara que todos los doctores tienen. Se veía a sí misma alta, elegante, el cabello recogido, anteojos, caminando por los pasillos, haciendo ruido con sus tacos. Orgullosa de su trabajo, y admirada y querida por todos.

Abrió su mochila para sacar un chicle. Fue entonces cuando cayó al piso el pequeño sobre hecho de papel amarillo, con su nombre escrito en fibra verde. ¿Una cartita? Se emocionó mucho. Le brillaban los ojitos enamorados... si, era de Gonzalo, el chico nuevo, el compañero de clases que siempre la buscaba para hablarle en los recreos y que siempre la miraba con simpatía. Leyó, sonriendo, la nota. La dobló y la guardó nuevamente. Le diría que sí.

Mientras miraba por la ventanilla, recordó repentinamente que le había prometido a su hermanita Sofí que la llevaría a la calesita esa tarde. La llevaría después de hacer sus tareas, una promesa es una promesa, sobre todo si se hizo a una hermosa hermanita de cuatro años. - ¡Cuánto la quiero a esa enana!- pensaba, mientras sonreía recordando la actuación de Sofí en el acto del día del niño en el jardín de infantes. La habían disfrazado de mariposa. Estaba hermosa, con sus bucles negros cayendo sobre los hombros y su sonrisa contagiosa. Tenían muchas fotos de ese momento, en la mayoría aparecían juntas, abrazadas fuerte, sonrientes y muy unidas. Una de esas fotos, que mostraba orgullosa a sus compañeros y profesores, estaba pegada en su carpeta de Lengua. Lentamente, el movimiento del tren y el calorito de ese sol de septiembre, la fueron arrullando... Analía comenzó a dormirse. Se relajó en su asiento y se durmió, con una sonrisa muy dulce en los labios.

Un sonido muy fuerte y un griterío espantoso, la sacaron de su sueño pesado. Sobresaltada, levantó la cabeza y se abrazó fuerte a su mochila. Lo que más la asustó, fue la penumbra. No era de día. Estaba oscuro. Y el frío del mes de julio la lastimaba. ¿Y su mochila? Era ahora una bolsa de plástico. El corazón iba a estallarle. Era como un gatito asustado, arrinconado. Tardó varios minutos en reaccionar. En recordar. En darse cuenta. Muy de a poquito, bajó la cabeza y se acurrucó en ese sucio rincón del furgón del tren, donde estaba sentada desde hacía varias horas. Se abrazó fuerte, fuerte, a la bolsa de plástico, de donde asomaban varias bolsitas con medias de hombres. Con sus manitos sucias, se tocó el bolsillo del pantalón donde guardaba la magra recaudación del día. Y olvidándose del cansancio, del hambre y la sed, viejos amigos que siempre la acompañaban, ella, que nunca lloraba, se puso a llorar en silencio sin saber por qué.

Un cuento para Juancito

Alejandra Ricci

Había una vez un niño llamado Juancito, que vivía con sus papás en una casita pequeña, simple como este cuento.

Juancito, de tan solo siete años, se levantaba todas las mañanas junto con su papá, su mamá y el sol. Tomaba su taza de mate cocido y se preparaba un bolsito con una hogaza de pan, una botella con agua, un trapito, un machete pequeño y un muñequito vaquero al que le faltaba un brazo; lo había encontrado en el basural que quedaba camino a la zafra. Era lindo el muñequito.

Todos los días caminaba un par de leguas con su bolsito al hombro, junto a su papá, para trabajar en la zafra... ¡Ojalá no hubiese habido nunca una vez!... y volvían cuando el sol pintaba todo de rojo, cosa de llegar a la casa antes que la noche.

Juancito llegaba, dejaba su bolso y se lavaba en un fuentón grandote que su mamá usaba para... todo. Se ponía la camiseta de dormir y el pantalón con agujeros irremendables en las rodillas; los remendados eran para ir de vez en cuando a la escuela o al almacén de don Cacho. Eran pocas las veces que Juancito iba al pueblo, ya que quedaba bastante lejos, algo más que un par de leguas.

Esa noche, su papá don Francisco, un hombre mayor con aspecto de abuelo y marcas profundas en el rostro producto de andar la vida, se veía cansado. El trabajo había sido arduo, casi no había comido y se había acostado más temprano que de costumbre, estaba algo triste.

Su señora Teresa, bastante más joven que él, no percibió la actitud de su esposo. Ella también estaba agotada después de un día de lavar, limpiar, carpir la tierra de la quintita, guardar los animales en el corral, preparar la comida para los hombres de la casa y quien sabe cuantas cosas más.

Teresa, silenciosamente, llevo a Juancito en sus brazos hasta el catre, él se había quedado dormido junto al plato de lata que guardaba en su interior algunas miguitas de pan. Lo acostó dulcemente y se dispuso a terminar el día. Francisco ya se había dormido.

Algo pasó esa noche, algo extraño sucedió... ¡Juancito creció de repente! Tenía como metro ochenta y una contextura importante. Se encontró de pronto en una plaza llena de juegos y se alegró tanto que corrió a las hamacas, pero no cabía en ellas, tampoco en el tobogán, ni en la calesita y el sube y baja le quedaba chiquito. Pero su corazón deseaba con todas sus fuerzas jugar y jugar en aquella hermosa plaza.

Los niños que jugaban a la pelota, le tenían miedo y se iban cuando él se acercaba. Qué sensación horrible invadía su alma, qué tristeza. Tenía las ganas, el deseo, pero su cuerpo se lo impedía.

De pronto vio bajo un gigantesco álamo, un perrito pequeño y lanudo que jugaba con uno niños, entonces Juancito corrió ligerito hacia él para jugar también, pero se frenó de golpe cuando el perrito comenzó a gruñirlo y ladrarlo ferozmente. Juancito se asustó tanto que su corazón se aceleró mucho, muchísimo y entonces comenzó a correr rápidamente con el perrito tirándole tarascones a sus pies. Corrió tanto tanto hasta que... Don Francisco despertó sobresaltado. Había tenido una pesadilla, la más fea sobre su hijito, una pesadilla donde él era Juancito o Juancito era él, no lo sabía.

Esa noche don Francisco casi no volvió a dormirse, y pensó... Al alba de ese lindo domingo se levantó, se tomó uno matecitos con Teresa, calladito, pero con una gran sonrisa. Ella se sorprendió del feliz semblante de Francisco y se alegró mucho. Cuando Juancito se levantó, se desperezó y se dispuso a lavarse la carita, su papá se le acercó rápidamente y le dijo:

-Mi'jo, después que se tome el mate cocido, vaya a ponerse los pantalones remendados que vamo a ir pa' el pueblo. No se olvide la pelota que ta' en el galponcito, eh! Ah! Prepárese también la ropita más linda que tenga pa' mañana, que lo voy a llevar pa' la escuela ¿sabe?

Los ojitos de Juancito se iluminaron más que el sol de esa mañana de septiembre, y su sonrisa... ¡imaginémosla! pero también hagámosla realidad.

Comía basura

Silvia Beatriz de Lourdes Acevedo

Hacía unos meses que la acompañaba a mi vieja a juntar cartones. Nos traíamos dieciséis pesos por noche. Y además, el mozo de la pizzería de Santa Fe nos tiraba tres o cuatro porciones como a las dos de la mañana. Pero hace unos días enfermó y está mal. Le pegó fuerte una gripe y no se cura. Dijo el médico que lo que tiene es neumonía y que hay que comprar unos remedios. Yo sabía que desde que el padre del Laucha se cayó del tanque donde trabajaba y se murió, en la casa no entraba un mango. Entonces lo fui a buscar.

- Laucha, vamo' a cartonear esta tarde, o lo que pinte porque necesito plata. - le dije.

Salimos dos trenes antes que el cartonero para agarrar lo mejor. Así que arreglamos con el chanco y nos bajamos cuando estábamos entrando en Palermo. Teníamos un solo carro, y de supermercado. Había que llenarlo con fierros más que con cartones. Bajamos y caminamos para el otro lado por la misma vía que iba el tren y cuando habíamos hecho como diez cuadras salté el puente y el Laucha tiró el carro y saltó.

Pateamos por la Santa Fe como quince cuadras y nada. Papeles y cartones. El Laucha se encontró un libro todo sucio. Dijo que le servía para el colegio y me contó que se trataba de un tipo que se convirtió en cucaracha y comía basura, porque el Laucha va a la escuela y lee. Le gusta hacer canciones y quiere tener una banda, se alucina. Yo le dije que yo junto cartones, pero comer basura, no. Pero abrimos una bolsa que estaba limpia y envuelto en un papel gris encontré un sánduche y me lo mandé sin masticar.

La cosa es que tuvimos que llenar el carro con cartones porque no pintó un metal en seis horas y nos quedamos en la estación retiro para esperar el tren cartonero de vuelta. Cuando quisimos subir, una vieja ortiva empezó a gritar que somos los que venimos temprano y les dejamos las bolsas vacías. “Vividores, egoístas, pendejos de mierda...” y como vimos que se armó bardo, tuvimos que quedarnos y mirar cómo se iba el tren.

Para volver a casa teníamos que dejarle los cartones a cualquier camión que nos llevara. Entonces el Laucha que es inteligente dijo:

- Pará loco, ¿Te acordás la manija del edificio ese, toda de bronce?

Y nos volvimos por Santa Fe hasta Riobamba. Yo vigilaba que no hubiera una cana cerca y él la arrancó. Se había venido con destornilladores porque en el barrio le dijeron que una manija de ésas vale por cinco carros llenos de cartones. Nos arrancamos tres más, pero le tuvimos que dejar una al camionero que nos trajo a Justo Paz.

A la mañana nos fuimos temprano para lo del Rubén en la Julián Juárez. Algunos de los que nos echaron del tren estaban en la fila de la fundición y nos miraban con rabia. Era envidia.

Cincuenta pesos me dio el Rubén y me llenó el carro de herramientas para el laburo.

El Laucha, que es un amigo me dijo:

-Después que compres los remedios, repartimos.

Una vez más es tarde

Ana Mercedes Quiroga

- ¡¿Otra vez tarde?! – Rugió la voz de la de matemática cuando vio asomar tras la puerta la cara entredormida de Giselle.

No era la primera vez que llegaba tarde pero al menos llegaba, pensaba la niña ya en el hastío.

Ocho y diez, ocho y cuarto, nunca se demoraba más de veinte minutos, pero a la de matemática le molestaba terriblemente el retraso y la interrupción de Giselle, quien con un tímido – “perdón señora” – pretendía evitar el sermón que inevitablemente caería en sus oídos como una catarata de palabras sin sentido. Una vez finalizado el monólogo que se repetía todas las clases de matemática, cada lunes y jueves desde que habían empezado las clases, la profesora retomaba su explicación con un monocorde – “¿dónde estábamos?” – y todo volvía a la normalidad, volaba algún bollito de papel, se oía algún rumor apagado en el fondo, algunas risitas ahogadas, comentarios inoportunos, y sólo Giselle, sentada ahora en el primer banco de la fila de la ventana, bajo una bien simulada concentración, dejaba en libertad los sueños que no había podido soñar anoche.

Giselle, con sus doce años recién cumplidos, tenía la apariencia de alguien un poco mayor; quince, tal vez dieciséis, era la edad que delataban sus facciones endurecidas por el desaliento y la desesperanza. Su cabello lacio y del color del sol, caía rozando apenas los hombros y cubriendo en parte sus ojos pardos que ya no decían nada. Era la mayor de cuatro hermanos, con bastante diferencia de edad sobre los tres, lo que la hacía sentirse aún mayor.

El sonido del timbre que indicaba que la clase había terminado la sacó de sus cavilaciones y la trajo de nuevo a la realidad. Ahora venía el turno del – “¡Vas a quedar libre!” – de la preceptora que sumaba otra media falta a una larga lista

que denunciaba, a esta altura del año, unas diecisiete inasistencias. – “¿No tenés despertador?”, “¿Por qué no lo ponés quince minutos antes?”, “¿Tan lejos queda tu casa?”, “¡El día que llegues a horario hacemos una fiesta!” – , y bla..., bla . . . , bla . . . Y Giselle volvía a repetir su – “perdón señora” – con total resignación y se limitaba a escuchar cosas que ya sabía de memoria y preguntas que no pensaba responder, al menos, no por ahora.

Su primer año en la escuela secundaria no había comenzado como ella hubiese querido pero ya iba casi por la mitad y parecía que así seguiría hasta el final; y si quedaba libre ya no le importaba, no la asustaba tener que rendir todas las materias porque en realidad, era muy buena alumna, con un único problema: el timbre de las ocho sonaba demasiado temprano para ella.

Con las demás profesoras no tenía tantos problemas, menos aún con la de lengua y con la de inglés, ya que sus horas coincidían con las últimas del día, y sacaba buenas calificaciones, todos ochos, y nueves; pero con la de matemática, no había caso, todo iba de mal en peor, incluso cuando Giselle sacaba una buena nota en una prueba, o hacía algún ejercicio bien en el pizarrón, la profesora no reprimía su célebre – “lástima que siempre llegues tarde” – y todo el esfuerzo que la jovencita había hecho por compensar de algún modo sus tardanzas, se desplomaban dejándola, una vez más, sumida en profundas cavilaciones.

En reiteradas oportunidades, la dirección de la escuela le había propuesto cambiar de turno, pero era imposible; de tarde Giselle cuidaba a sus hermanos pequeños pues su papá salía a trabajar y no volvía hasta el día siguiente. Había aprendido a cambiar pañales, a preparar mamaderas, a poner ciertos límites y hasta sabía curar con besos rodillas raspadas. Era casi una madre para los tres pequeños de uno, dos y tres añitos.

– “¿Y tu mamá?” – Preguntó en una de las tantas interpelaciones, la directora con voz más bien agria. Su mamá había salido un día, muy temprano y nunca volvió; era un día de verano, las clases aún no habían comenzado, pero no recordaba muy bien qué día había sido.

– “Pero estamos bien” – Se apuraba a aclarar con voz firme la niña.

Giselle nunca había contado por qué llegaba todos los días tarde, y tal vez, nunca nadie se lo había preguntado. Su casa quedaba a tan sólo siete cuadras de la es-

cuela, la distancia no era el problema; se había comprado un buen despertador que no atrasaba ni adelantaba; siempre dejaba preparada la mochila y la ropa acomodada la noche anterior, para no perder tiempo en esas cosas; sin embargo, Giselle llegaba tarde al colegio día tras día.

Fue un jueves, o un lunes, tal vez, pero fue en la clase de matemática.

– ¡¿Otra vez tar...?! –

– ¡Sí! Otra vez tarde. – interrumpió la alumna con voz desafiante.

– ¿Cómo se atreve, mocosa insolente? – Atinó a decir la profesora.

– Hoy quiero dar el sermón yo, si me lo permite. Ya no quiero escuchar sus reproches. Quiero que por una vez sean oídos los míos. – La voz de Giselle sonaba adulta, calma y respetuosa. Nadie se atrevió a hacerla callar y menos cuando la directora entró al salón e incitó a que todos hicieran silencio para oír, de una vez por todas sus explicaciones.

– Yo no elegí ser lo que soy ni tener lo que tengo, pero es lo que Dios dispuso para mí. Desde que empezaron las clases vienen reprochando mis quince minutos de tardanza y sumando mis medias faltas sin contemplación alguna, al menos podrían hacerlo sin refregármelo en la cara. Me gustaría mucho llegar a tiempo, pero mi hermanita de tres años, comenzó a ir al jardín, va a este que queda acá, en la otra cuadra, el 904. Todos los días la levanto conmigo para que desayune, le pongo el guardapolvo y la acompaño hasta la puerta. Una vez allí, se agarra muy fuerte de mis pantalones y con lágrimas en los ojos me ruega que no la deje, que espere un ratito, hasta que todos estén adentro, hasta que la seño pueda venir a tomarla de su mano pequeñita y la lleve casi a los tirones hasta el salón, mientras con su carita de susto y su voz entrecortada me suplica que no me vaya, quiere ver mis ojos un ratito más. Ella ya sufrió el abandono de su mamá; yo no puedo negarle que me mire unos minutos, aunque eso signifique, para mí, llegar tarde.

Y ahora, si me disculpan, me voy a retirar, creo que ya no tengo nada que hacer acá, evidentemente, la escuela no es el lugar adecuado para quien tuvo que crecer de golpe y a los golpes. –

Giselle agarró sus cosas y salió corriendo por el largo pasillo, nadie atinó a decir nada en ese momento, la vieron irse con lágrimas en los ojos; pero seguramente todos, incluyendo a la profesora de matemática, pensaron para sus adentros:

– Una vez más, es tarde, pero ahora es demasiado tarde. –

Lo más Pancho

Cecilia Reynoso

Justo lo llamaron de la agencia Fotocap para cubrir un partido el día que no le arrancaba el citroen, pero negarse no estaba en sus planes, esperaba esa oportunidad desde meses atrás. Inclusive llegó a pensar que habían archivado el portfolio con sus fotos pero no, lo tenían en carpeta todavía. Se puso contento.

Era un partido de la B pero qué importaba, o ¿acaso sólo pueden hacerse buenas tomas de los festejos eufóricos de jugadores famosos de Primera División?

No tenía idea de cómo ir a la cancha, aunque sabía que hasta Colegiales llegaba algún tren. Así que se fue a la estación un poco paranoico de que le arrebatan el equipo y se dijo: "el que no arriesga no gana" y enseguida pensó: "ganar, ¿qué gano yo?" En la cantidad no quería ni pensar, porque con lo que le iban a pagar por el partido no podría reponer ni el chaleco si se lo robaban. El condimento que le daba algo de sabor al asunto era que se disputaba un partido de final de campeonato. Si perdía el local salía campeón del Torneo el visitante: Esmeralda... Mucho entusiasmo no tenía, pero partió hacia su destino, podría tener buenas fotos, tal vez hasta venderles a los jugadores un cd con los emotivos festejos finales... Buscó un asiento arrinconado para tener protegida la bolsa de papel donde había escondido su bolso y en cuanto se acomodó un poco empezó a observar su entorno. La última vez que había viajado en tren fue a Mar del Plata, durante unas vacaciones familiares en tiempos de escuela primaria. Por un momento, mirando a su alrededor se sintió tan afortunado de no pertenecer a ese vagón que hasta percibió un íntimo cosquilleo de felicidad. Esas caras cansadas de pelear el pan día a día con sudor y con lágrimas; esas manos quemadas de tanto cemento y cal que descansaban colgadas al costado de un cuerpo inerte, entregado a un profundo e indiferente sueño de dormir, no de soñar... unas chicas con carpetas gordas que volvían famélicas a la casa de una tía que, como ellas, se habrá venido décadas atrás del interior a la Capital en busca de progreso; aquella piba con la lágrima tatuada para siempre en la mejilla como estigma voluntario de una realidad que no es la que nos debieron desear nuestros padres...

Ese viaje en tren le empezaba a generar sensaciones distintas y lejanas a las que tenía cotidianamente. Cuando se estaba sumergiéndose en una nostalgia repentina que empezaba a quitarle esa efímera felicidad de a gotas, el grito exagerado del vendedor ambulante que ofrecía maní con chocolate lo salvó de ahogarse en las aguas profundas, turbias y de sabor amargo donde viven los más desafortunados que uno. Era extraño, siempre se desplazaba mentalmente hacia los paraísos inalcanzables de aquellos a los que todo les sobra, pero hoy, sin proponérselo, estaba entrando en el plato de esta balanza cruel que contiene y a veces reparte, las migajas de los más dichosos...

En la puerta ya esperaba otro vendedor para rematar, si tenía suerte, un extensible industria nacional con un triple y un enchufe, todo por el mismo precio. El que venía detrás tenía los zapatos rotos impecables, brillantes y vendía crucigramas que seguramente le cambió al lustrabotas por sus servicios. Colgaba de su cinturón un llavero con la foto del bebé por quien, seguramente, recorría los trenes día tras día. Le sorprendió el vendedor de encendedores que con voz de locutor mezclado con poeta ofrecía su producto en ritmo de soneto aunque no logró vender siquiera uno. Pablo atinaba a sacar su cámara para registrar a cada mercader de los durmientes pero temía que lo siguieran cuando llegase a su destino para robarle la herramienta de trabajo, por eso se contenía.

Una vieja desdentada y en ojotas le recriminó al vendedor de turrónes que ese era su turno de entrar en el vagón, así que con empujón de por medio se le anticipó para ofrecer máquinas de afeitar, sus piernas regordetas ponían en evidencia de que ella no las había probado. El cieguito con su guitarra de cinco cuerdas se ganó un par de aplausos interpretando clásicos del folclore argentino y algunas moneditas livianas cuando pasó la gorra.

Y finalmente al fotógrafo, alguien le llegó al bolsillo a través del corazón: una mujer entregaba fotocopias de un informe médico que diagnosticaba una enfermedad terminal pero antes de entregar el papel daba un beso en la mejilla del destinatario. Leyó el texto y buscó en sus bolsillos alguna moneda. No tenía y le entregó un billete de cinco, sabiendo que era más de lo que había pensado en principio. La mujer tomó el billete y sin expresar un gesto mínimo de gratitud, sin dirigir siquiera una mirada al colaborador, se alejó por el pasillo sin dejar rastro. Esa actitud de indiferencia mezclada con algo parecido al rencor lo habían sacudido. Ahí entró el gordito de los pelos pajosos y descoloridos, todo sucio. Un siete en la rodilla del pantalón, y gotas que hacían una huella en sus mejillas empolvadas de tierra. Lo acompañaba un penetrante olor a humo, a rancio. Sacó de su bolsillo unas estampitas arrugadas y roñosas como él y sin pronunciar palabra, cabeceando permanentemente hacia fuera, como buscando una referencia para saber cual era la próxima estación, entregaba a los pasajeros sin prestar atención a sus reacciones, imágenes de santos y vírgenes cansadas y viejas de transitar tantos trenes. Por

eso no se dio cuenta del gesto de repugnancia que hizo Pablo rechazando la ofrenda. Ni en chiste tomaba una estampa tan mugrienta. Este sí lo tentó demasiado y se decidió a fotografiarlo, hizo un par de tomas pero cuando el tren se detuvo, el gordito se bajó de un salto y se alejó por el andén corriendo entre la gente.

Enseguida, Pablo pensó que seguramente se escapaba con algún botín robado a un pasajero cualquiera. Cuando volvió la mirada hacia el interior, encontró junto a sus pies, el toquito de estampitas asquerosas desparramadas en el suelo...las miraba con distancia. El tren arrancó y quedaba muy poca gente en el vagón, buscaba la complicidad de otro individuo pero nadie dirigía la mirada hacia él. Con todo el asco imaginable que le despertaban esos papeluchos se inclinó para juntarlos y los tiró con repugnancia sobre el asiento acompañante para evitar que alguien los pise.

Los vendedores ambulantes que entraron a continuación ya no le captaron su mínima atención. Durante el tiempo que transcurrió por las dos o tres estaciones que faltaban para que él descendiera, contempló de reojo a las estampitas y empezó a apenarse por el gordito roto. Quizá con esas insignificantes ventas el pobre pibe lograba comer, o tal vez sus padres lo maltratarían si confesaba haberlas perdido. Miró por la ventanilla y vio el cartel que le indicaba su destino. Es ahora o nunca pensó, las agarró con desprecio y las tiró dentro de la bolsa. En el viaje de regreso, tal vez se encontraba nuevamente con el chico...

Cubrió el partido. El visitante ganó por la mínima diferencia y se consagró. Tenía el gol, tenía el festejo y la vuelta olímpica en el campo de juego pero no tenía las alegrías en vestuarios porque se equivocó de camarín y entró a registrar lo que pensó era una charla de reconocimiento de virtudes. En realidad estaba en el vestuario local haciéndole fotos al plantel derrotado mientras escuchaba atento la charla de contención que le ofrecía un psicólogo al equipo. Cuando salió del estadio, en la puerta, una morocha interesante le entregó un volante que informaba la fecha y la hora de una prueba de jugadores que iban a tomar en las juveniles del club. Tomó el papel para acercarse a la promotora, no porque le interesase probar la suerte de nadie.

En el viaje de regreso pensaba en las fotos que iba a editar para entregar a la agencia mientras miraba sin mirar por la ventanilla a los andenes de una estación donde estaba detenido el tren y en eso vio al gordito corriendo entre la gente. Instintivamente se levantó y descendió del convoy. Cuando el tren se alejaba tomó conciencia de la locura que acababa de cometer por impulso. No sabía ni dónde había bajado pero se apuró tras los pasos del borrego con la esperanza de alcanzarlo pronto para terminar con toda esa historia que le estaba haciendo perder tiempo a cambio de nada.

Allá a lo lejos lo visualizó, se alejaba por una callecita. Aceleró el paso y se relajó un poco cuando vio que el pibe se detuvo en un campito donde unos mocosos jugaban un pica-dito. Cuando llegó al potrero, el gordo ya corría con pelota dominada y le gritaba a otro negrito que suba al área. Gambeteó a un par de muñecos, pared con el negro y golazo para la mufa del arquero. Los compañeros lo abrazaban y felicitaban al gordito culón. Pablo pensaba encima esto: ¡como si fuera poco ahora tengo que aguantarme un tercer tiempo! Estaba hecho pelota, el viaje, correr atrás de los campeones, la vista cansada de tanto meter en foco, así que se sentó casi por inercia detrás de los tres palos como usualmente lo hacía en los estadios. Pero allá venía gambeteando al muerto de remera colorada otra vez, lo pasó como a un poste, el arquero alerta y a los gritos “no lo dejen encarar” gritaba a su defensa. Otra vez zapatazo y gol. “Buena Pancho” le gritaban los otros pibes y Pablo sacó con discreción la cámara y se dispuso a matar el tiempo perdido inmortalizando las gambetas del gordito que a esa altura ya le caía simpático.

Estaba distendido del partido oficial, ya se había olvidado de la agencia, del reloj y de sus miedos a que le roben el equipo. Disfrutaba sin presiones de las fotos que estaba registrando, se sentía cómodo y divertido. Y cuando se escuchó la bocina del tren Pancho se despidió de los pibes, “ahí viene, chau, después nos vemos” y salió corriendo para la estación. Pablo, con las piernas medio entumecidas, se levantó y salió corriendo detrás del gordito que le llevaba varios metros de delantera. “Pancho, Pancho, esperá” le gritaba. Pancho se dio vuelta con un gesto de desconfianza y le preguntó:

_ ¿Vos quién sos?

_ Me llamo Pablo, mirá, te seguí para devolverte las estampitas que se te cayeron en el tren.

Abrió el bolso, sacó el piloncito y se lo ofreció. Pancho lo miró sorprendido, pensó por un par de segundos y le dijo:

_ Elegite una, te la regalo.

Pablo, escéptico, le contestó que no creía en santos ni en vírgenes más que en sí mismo. Pancho bajó la mirada, le dio las gracias y cuando lo veía alejarse, el fotoperiodista, consciente de lo grosero que estuvo con su respuesta lo llamó y le dijo: “tomá, esto estaba en el estadio donde trabajé hace un rato” y sacó el volante de la prueba de jugadores. Creo que tenés condiciones. El gordito agarró el papel sin mirarlo y salió corriendo para la estación. Pablo, intentando ser amigable le seguía gritando, “andá a la prueba che, con tu talento... intentalo, no te quedes lo más pancho”.

Cuando llegó a su casa dispuesto a realizar el trabajo pendiente vio que una estampita había quedado en el bolsillo interno del bolso. Al mirarla se dio cuenta que ya no le causaba esa sensación de asco con la cual las levantó del suelo...

Y Pablo arregló el auto, Y Pablo viajó más en aviones que en trenes porque la agencia poco a poco, le ofreció muchas más notas. Llegó el mundial de Alemania y lo enviaron a él. Pasaron unos años de aquella experiencia en Colegiales, pero algo importante le sucedió en ese tren. Inclusive en su exposición “Talentos argentinos de exportación” colgó entre los grandes artífices de la magia del fútbol nacional las dos caras de ese mocoso mugriento: una gambeta de Pancho al lado de otra foto en el vagón vendiendo estampitas. A muchos les llamaba la atención pero no le afectaba la sorpresa de los otros, para él, una gambeta era tan bella en un estadio mundialista que en el más recóndito potrero de la villa. Eso aprendió aquella tarde y al anónimo pibito que se lo había enseñado sin querer le rendía una suerte de homenaje.

Domingo por la tarde, como todos los fines de semana le tocaba cubrir fútbol de Primera. Allá partieron con el gordo Mauricio en el jeep salta plazas y pantanos para la Bombonera. Boca Jugaba con Banfield. La única consigna era que en la visita debutaba por el enganche que se había lesionado un tal Francisco Rivero que pintaba para crack, figura de la reserva. Aunque nadie le prestaba atención todavía, había que hacerle algunas tomas por las dudas, para tener de registro.

Y empezó el partido. Era verdad, al 10 no lo podían parar, gambeteaba, tiraba caños, se desplazaba sobre el césped del campo de juego con la velocidad de una bala, con la potencia de un cañón, parecía no sentir la presión del rival, de la responsabilidad que cargaba en sus espaldas. Parecía “jugar” a la pelota. Y en tantos intentos reiterados se le dio: pared con el 7 y golazo.

Corrió desorientado en el festejo como es lógico: el primer gol en un debut ¿quién lo sabe festejar? Se abrazó con sus compañeros justo enfrente de Pablo que estaba solo del otro lado del arco y registró un primer plano de las lágrimas que corrían por las mejillas del jugador, que en la imagen parecía estar mirando al reportero gráfico con un gesto de sorpresa y ligera confusión.

En el segundo tiempo Boca empató el partido y empezó a dominar el juego. Pero un futbolista del rival no se cansaba de intentar recuperar el balón, bajaba y armaba tantas veces como podía otra jugada de ataque. Garra y corazón, hambre de combate, fuego sagrado, Francisco a la carga pasa a un jugador, engaña a un defensor, se perfila, patada de potro salvaje y gooooooooooooooooool.

Corre hacia donde está Pablo y con el índice en alto lo señala y le alza los brazos. Fotón por dos. Pablo pensó, “que rápido aprenden a vender humo estos pibes, la tiene clara que mañana está en la tapa del diario”. Debut y estrella. ¡Cómo se vienen los pibes de ahora! Terminó el partido, ganó Banfield con doble hazaña del debutante. Los medios

lo persiguen para entrevistarlos. Fotógrafos que lo rodean de lentes cortas a pocos centímetros de su cara.

Pablo ni se inmutó, ya tenía dos fotos exclusivas y tranquilo ordenaba su equipo dentro del bolso, aún detrás de los carteles de publicidad. En eso ve venir agitados a los camarógrafos y a los fotoperiodistas detrás del 10 que corre hacia él, mientras se viene sacando la casaca goleadora. Se la tira y le grita: "che Pablo, esta es para vos, y gracias." "Por qué", le pregunta el fotógrafo sujetando la camiseta mojada. El enganche que se aleja, le grita: "porque soy Francisco Rivero y no me quedé lo más Pancho".

Una estampita asomaba como testigo silencioso desde el bolsillo interno de un bolso.

El basural

Jorge Rodolfo Meza

Los ojos registran la imagen que el corazón revela, gestando latidos de indignación y espanto. A pocas cuadras de la plaza principal de la ciudad, la plaza San Martín, hay una niñez que crece al compás irrespetuoso de la miseria, tiñendo de tristeza los días de la infancia.

Son imágenes distintas a "la vuelta del perro" en automóvil, que forman enormes filas atascando las calles céntricas domingueras, a las luces de neón que titilan en los negocios e incitan al consumo, o a las confiterías con vidrios gruesos y ambientes calefaccionados, donde el frío tiene prohibida su entrada.

Estas son imágenes que despojan con un golpe certero, la inocencia de esta niñez ya cansada de tanta realidad sin descanso.

Allí va Juan, camino a su trabajo cotidiano, cuando la tarde comienza a ser herida por las sombras. Recorre con sus ojos, una vez más, la "Curtiduría Azul" abandonada, testigo silencioso de otros tiempos, vacía ahora del murmullo obrero, con vidrios hecho trizas, como los sueños proletarios de un futuro mejor para los hijos de la barriada.

Solo escucha el eco de una risotada que algunos adolescentes expanden, junto al "porro" que fabrica el humo prohibido y las ilusiones pasajeras, para ayudar a matar la tarde sin un horizonte esperanzado.

En sus miradas se reafirma la carencia de un mañana que los contenga, porque el sistema siembra en sus rostros la sentencia de un futuro injusto, a pesar de la hipocresía de los funcionarios municipales que lo disfrazan con palabras floreadas y promesas incumplidas.

"Trabajamos para cambiar la realidad de familias que sufren desigualdad social"- declama el funcionario municipal de la Dirección de niñez y adolescencia.

Juan no entiende de palabras que son negadas por los hechos y mientras camina patea piedritas, como imaginarias pelotas de fútbol que se pierden en la zanja. En la tarde, la desidia y la quietud alentada a la marginalidad, son malas consejeras para los jóvenes.

En la esquina de la Avenida Mújica y calle Las Flores, en el barrio del hipódromo, donde las carreras de caballo cambian a veces la rutina, un adolescente sale de la curtiembre habitada con fantasmas del pasado y escupe la queja que se escapa de su voz resignada:

-“La municipalidad podría hacer acá un centro de recreación para nosotros”- le dice a ese niño que todas las tardes pasa rumbo a la cava. Le clava su mirada sin esperar respuesta, porque el paisaje es demasiado contundente y ya no caben más palabras.

Mientras tanto, Juan sigue caminando por la calle Flores, que irónicamente no las tiene. El paisaje árido del suburbio posee otras bellezas escondidas en el corazón de sus habitantes.

A un costado se levanta el fantasma de lo que fue Sudamtex, una fábrica textil que guarda entre sus paredes el sueño de una ciudad con empleo para todos.

En la ciudad los planes jefes de hogar de \$150 mensuales, ese subsidio miserable a la pobreza, confirman la falta de empleo, mientras la beneficencia y la caridad alimentan la exclusión social, bajo el disfraz de la solidaridad.

Juan intuye, a pesar de los pocos años, que su realidad se extiende más allá de las fronteras del barrio, mientras el paisaje de desolación le avisa la llegada al territorio de la ignominia.

Dos niños juegan, con sus zapatillas agujereadas, a correr bolsas de nylon que el viento empuja por las calles, antes de caer en los dientes de púas de alguna alambrada.

Y quedan colgando, como banderas al viento, flameando junto a viejos postes que marcan las fronteras privadas de los dueños de una tierra que no debiera ser para todos.

Las bolsas de nylon y el humo del ambiente, la quema de la cava, le señala a Juan que ya está frente a lo que alguna vez fue el viejo aeródromo Teniente Ori-

gone, hoy convertido en el basural a cielo abierto.

“La disposición final de los residuos la está controlando la secretaría de Obras públicas”- dice el funcionario municipal para explicar lo inexplicable.

Niños y adolescentes, acompañados de algunos perros revuelven la basura intentando conseguir la comida del día, mientras empeñan sus vidas sin sol y trabajan en las horas que deberían gastarse en hamacas y sonrisas.

Cerca del parque industrial, pomposo nombre para un parque sin industrias, en el suburbio de la ciudad que le pone un manto de distancia, para no verlo desde lo alto de los edificios céntricos, está el basural que avergüenza.

Mientras tanto, el funcionario explica ante los medios periodísticos sus líneas de acción que, al pasar por la gestión municipal, dejará incumplidas.

“Como política se estableció hacer comprender e informar que cualquier situación de un chico que está en la calle genera una situación de riesgo con respecto a la explotación infantil”- reafirma en conferencia de prensa.

“Chocolate por la noticia”- diría Juan si pudiera y supiese leer el diario.

Mientras tanto los maestros preguntan en las aulas que futuro de ciudad nos espera, cuando el tiempo pasa y se ven cada vez más vacíos los potreros de los sábados.

La pelota de fútbol espera a una niñez que no llega y en cambio están habilitados los territorios de la intemperie, con niños como Juan trabajando en el humo y el olor de un basural, mientras en los despachos del municipio, con calefactores encendidos y salarios seguros, los expedientes y los trámites burocráticos se acumulan en las oficinas.

Afuera, las miradas de los niños que trabajan con los desechos del basural esperan soluciones y en cambio reciben explicaciones que justifican el sistema.

Sin embargo, ellos alimentan esa solidaridad sin palabras, con gestos acompañados de silencio y tiran juntos el carro cargado de materiales, que venderán por unas monedas para extender la agonía de sus vidas, ya marcada por el peso de la injusticia de tener que trabajar en la edad de los juegos.

“La clave de la gestión está en la concientización de la gente y en internalizar el tema del medio ambiente. No sirve de nada una propaganda o que les enseñemos a los pequeños a no tirar papeles en la calle sino internalizamos los conceptos”- dice la funcionaria de la gestión de Medio Ambiente y Bromatología.

Pero el basural está ahí, intacto, con niños que trabajan y ven el verdadero sol,

aquel que se va escondiendo detrás del horizonte, en medio de la inmundicia. Mientras los funcionarios municipales dejan sus claros conceptos en letras de molde sistemáticamente su derecho a estudiar y a jugar, mientras la tarde cae llena de este frío cruel, con sus párpados cargados de crepúsculos. Tal vez exista para Juan otra mañana. Otro latir de horas donde su mirada, como herida abierta, deje ya de gritar en las llanuras del silencio. En medio de la pampa húmeda, abundante de riqueza concentrada, las manos callosas de Juan, con sus años vírgenes de infancia, remueve basura como un habitante más de la intemperie.

Pero mientras la noche asesina la tarde que se inclina en los últimos suspiros Juan, niñez que trabaja, se corta los dedos con una lata oxidada. La sangre riega el basural que calma cada día su hambre y alimenta la inocencia perdida en tantas noches sin mantas. La herida sangra.

La mancha se extiende sobre la mirada de Juan, que lastima como una metralla. *Qué dirá la señorita que hoy tampoco he ido a la escuela* - piensa Juan, mientras mira sus dedos heridos y continúa con su trabajo diario para intentar frenar el hambre que recorre por el aire, por zanjas o ríos subterráneos las esquinas del barrio.

En otras calles, hay hombres que cuelgan la vergüenza de sus labios y callan. En la cava, con la compañía de un perro que ladra al silencio hay un futuro empeñado, un presente infantil que trabaja y estalla. Juan ensancha la huella del dolor y la injusticia, mientras el grito se le seca en la garganta. En el basural, aún hay un niño que sangra.

Wilson el boliviano

Néstor Miguel Rompani

I.

La dimensión Leter, mundo paralelo al de los humanos, estaba habitada por seres etéreos, rezago de la civilización humana. Tenían poderes para introducirse en la dimensión de éstos, sin ser advertidos. En este extraño mundo los libros tenían vida y la virtud de procrear casi en forma indefinida. De allí que Constitución -madre de todas las leyes dictadas en la Argentina, el territorio de los hombres- había parido decenas de hijos, a los que enumeró conforme fueron naciendo. Entre ellos, estaban los gemelos 14 y 14 bis. Este último tenía el agregado "bis" por su parecido con el anterior. Ambos gemelos se destacaban del resto por ser sumamente traviosos y causar escozor a las clases altas de los argentinos.

14 bis solía cruzar la frontera entre su mundo y el de los humanos, observando asombrado cómo sus postulados eran violados continuamente por los mismos que habían dado vida a su madre Constitución. Lo que más conmovía a 14 bis era la forma en que eran vulnerados los derechos de los niños, derechos que estaban detallados en diversas normas internacionales y nacionales. Se sentía pisoteado por sus ancestros humanos y se enfurecía porque la Justicia Social y el imperio de los sectores populares que sostenían sus hermanos eran ignorados por los gobiernos títeres de los poderosos. 14 bis veía con ojos indignados y tristes cómo éstos se unían monolíticamente para conspirar, atacar y derrotar a gobiernos con sensibilidad social y respetuosa de la soberanía popular. Esos mismo sectores que salen a la calle sólo cuando están en riesgo de perder unos pocos centavos de su riqueza, los mismos que hablan de democracia, de ley y de cultura y explotan a niños para aumentar sus ganancias.

II.

Wilson Pedraza es un niño argentino de 12 años. Es el menor de siete hermanos e hijo de padres bolivianos. Tanto sus padres como sus hermanos trabajan en predios rurales que

circundan a la ciudad de La Plata. Trabajan pura y exclusivamente para la subsistencia, sin horarios, sin que importen las condiciones climáticas, sin dignidad. Los Pedraza no tienen documento y son presa fácil de aquellos que acrecientan su capital merced a la explotación y el esclavismo. Y como los Pedraza hay muchos otros, argentinos, peruanos, paraguayos. Como los Pedraza hay muchos y también hay mucho inescrupuloso amparado por otros inescrupulosos.

Como otra tardecita casi noche de invierno, Wilson acomodó unas bolsas de arpillera y de nylon y unas raídas mantas y se aprestó a dormir. La habitación de Wilson era un altillo semi descubierto de 15 metros de frente por 10 de fondo. Allí estaba Wilson vencido por el cansancio y el dolor que lo liquidaba, rodeado de bolsas de harina apiladas, paquetes de levadura y otros elementos de materia prima para panadería. Siempre se dormía enseguida y se levantaba a las 3 de la mañana, mucho antes que el sol y que los dueños de la panadería, mucho antes que los políticos y mucho antes que los chicos que entran a las 8 al colegio. Wilson hombreaba bolsas, preparaba masas, horneaba panes, los calificaba, limpiaba, acomodaba las bolsas y se acostaba, y así pasaba su niñez. Nunca recibía dinero, ni libros, ni palabras dulces, ni canciones... mucho menos rondas, letras, números, colores... de vez en cuando le daban algunos trapos, de vez en cuando aparecía su mamá o su papá o algún hermano.

III.

Eran cerca de las 8. Como todos los días, los hermanos Carlos y Damián Urquiza acababan de abrir la panadería. El aroma del pan se entremezclaba con el de sus perfumes. Un canillita les tiró el diario sin bajarse de su bicicleta.

-Este negro siempre igual, vamos a tener que decirle al del puesto... viste Damián, ¡cómo tira el diario!

-Negro desagradecido, para colmo que tiene trabajo...

-Mirá, vení. Carlos, lee la tapa de "Noticias de la ciudad"

-A ver... "Tal cual lo anunciado en la campaña electoral, el flamante Gobierno comenzará con el nuevo sistema impositivo. El objetivo es alcanzar la equidad, redistribuir la riqueza y eliminar el trabajo en negro, entre otras cosas..."

-Pará Damián, dejá de leer, estos zurdos, te la canté, vamos a tener que pagar impuesto a la riqueza... y quién te dice no nos salta lo del bolita.

Carlos ascendió la escalera que conducía al altillo, en la parte trasera del comercio. Se acercó a un bollo mezcla de bolsa de arpillera, nylon y humano. Wilson se estremecía convulsivamente, volaba de fiebre y balbuceaba palabras inentendibles. Con los mismos

ojos de siempre, Carlos lo contempló en silencio, y lo sacudió. Wilson abrió los ojos.

-¿Tomaste el remedio que te dejó Damián ayer?

-...

-Contestame, ¿lo tomaste o no?

Wilson hizo un intento pero ni siquiera pudo sacar afuera un monosílabo. Hizo un sí con la cabeza y cerró los ojos.

-Tomá un poco más... a ver si mañana ya te podés levantar.

IV.

Era una linda mañana, el sol entibiaba y las copas de los tilos bailaban una danza acompañada. Rodrigo Calderón tomó su carpeta, sus anteojos y una lapicera y los metió en el portafolio. Salió del Ministerio de Trabajo, donde trabajaba hacía 20 años, en busca de su moto que estaba atada a un palo de luz de calle 7. Rodrigo tenía 53 años y trabajaba como inspector. Era sin dudas un luchador. Durante casi toda su carrera, salvo honrosas excepciones, había tenido que luchar con jefes oscuros. Cientos y cientos de denuncias e informes sobre empleadores y empresas habían sido desestimadas una y otra vez por parte de funcionarios que no funcionan. Lo único que hacían con sus denuncias era tomar las direcciones para coimear a los infractores, algo que se había hecho tan usual como el café de las mañanas. Años constatando irregularidades: falta de seguridad e higiene, violación permanente de la jornada de ocho horas, trabajo en negro, explotación de menores. Puede contar con una mano las veces que se hizo justicia. Así y todo, Rodrigo jamás bajaba los brazos.

Aquella mañana, Rodrigo subió a su moto con el ánimo más fortalecido que otras veces. Hacía unos meses que soplaban aire más fresco, más limpio. Las nuevas autoridades tanto a nivel nacional como ministerial habían dado algunas señales, cumplían con algunas promesas de campaña. En eso pensaba cuando llegó a destino. Detuvo la moto, la aseguró en el parante de un toldo de un negocio. Leyó el cartel: "Panadería La Ideal de Carlos y Damián Urquiza" y entró.

-Acá tiene los papeles... todo en regla, señor -alardeó sonriente Carlos.

-¿Es un control de rutina o ha recibido alguna denuncia? -preguntó Damián.

-Muy bien... esto está bien... o también... ¿empleados? ¿tienen empleados?

-No, señor, es una empresa familiar... todo lo hacemos nosotros.

-Ajá... necesitaría ver el baño.

-Por acá, venga -lo guió Damián.

-Muy bien... ¿el matafuego?

-El matafuego está allá y acá están las certificaciones de la última carga -contestó Carlos.

-¿Aquel altillo? ¿Qué hay en aquel altillo?

-¿El altillo? Ah, sí, el altillo... nosotros le decimos el depósito... ahí hay bolsas de harina, placas de horno... materia prima –balbuceó Carlos ya no tan sonriente.

Rodrigo comenzó a subir las escaleras. Con cada paso suyo se iban transfigurando las caras de los Urquiza. Rodrigo quedó paralizado frente a la escena. Un niño acurrucado, transpirado, sucio y tembloroso escupía palabras mezcladas: mamá, frío, ir, malo, mamá, pan, duele, pan, mamá.

-Pobrecito, es un nene de la calle... lo recogimos anoche para darle un techo y comida, estaba en plaza Italia solito, pobre –mal mintió Damián a espaldas de Rodrigo.

Rodrigo quedó unos instantes más en silencio. Los cachetes se tornaron violetas, los ojos le brillaron.

-Agradezcan a Dios que no puedo perder el trabajo porque tengo una familia, sino ya los hubiese tirado por la escalera.

V.

En el Hospital Sor María Ludovica de La Plata, en una cama despintada pero limpia Wilson dormía. Ya no temblaba y estaba seco y abrigado. Uno de cada lado de la cama, los papás lo contemplaban y lo acariciaban despacito. Escuchaban una radio portátil bajita para que Wilson no se despertara: "Durante la jornada de ayer, inspectores del Ministerio de Trabajo de la Provincia clausuraron más de 50 comercios de la región. Se detectaron diferentes irregularidades, entre ellas la explotación de menores a quienes tenían en condiciones inhumanas. Además se realizaron operativos en las zonas rurales en donde encontraron situaciones de trabajo en negro y reducción a la servidumbre. Las personas afectadas están bajo asistencia médica y jurídica..."

VI.

-Mamá, ¿puedo convertirme en un niño humano? Dale, dale, daleeee, es sólo por un tiempo –preguntó 14 bis.

-Hijito, vos no sabés los peligros que se corren en esa dimensión –contestó la siempre sobria y orgullosa madre Constitución.

-Sí, mami, lo sé. También sé muchas otras cosas, como todo lo que aprendí de vos y de mis hermanos. Creo que eso me da seguridad y sabiduría para poder convivir entre los humanos en Argentina... haré que me respeten y me obedezcan.

-Bien hijo, autorización concedida. Pero sabés que sos parte indisoluble de esta familia, que te debés a ella y que inexorablemente deberás regresar.

VII.

Era el mediodía y Wilson salía de la escuela con la mochila en la espalda cargada de libros y los brazos cargados de abrigo que la madre le había dado por las dudas. Se le acercó Alexis, un compañero nuevo.

-Hola yo soy nuevo en la escuela, no tengo amigos en La Plata porque vengo de una ciudad que queda muy lejos de acá.

-Yo soy Wilson pero me dicen el Boliviano porque mis papás son bolivianos.

-Bueno, yo me llamo Alexis pero en mi casa me dicen 14 bis, porque dicen que tengo alma de justiciero.

-¿14 bis?, como el artículo de la Constitución. El señor Calderón, que es un inspector del Ministerio que me encontró y me ayudó, me regaló el libro y me dijo que en él voy a encontrar lo que necesito para defenderme y vivir como los demás chicos.

Wilson y Alexis caminaron juntos, charlando de la escuela, de fútbol, de los power rangers, de qué pesadas que eran sus mochilas... de qué linda que era la señorita Daniela. A partir de aquel día y para siempre fueron amigos incondicionales.

Esa cosa

Isabel Elisa Ferrarello

*A Magdalena y Elisa.
Que me enseñaron a amar la lectura.*

Daniela aparece con una caja: - Donaron esto. ¿Querés ayudarme a seleccionar mamá?. Acepto. Ella se marcha. Comienzo a sacar los libros. Es fácil advertir que hace tiempo están ahí guardados. Uno llama mi atención. Desempolvo la cubierta y todo el pasado regresa. Mis músculos se contraen, mezcla de dolor y nostalgia. Acaricio las letras repujadas, como si fuera la niña que fui, necesitando un mimo que mitigue ese instante de desconcierto.

Oigo la voz de mi padre... - Son las cuatro de la mañana. Te vine a recordar. Me levanto de un salto, hago callar al perro que duerme a mis pies -no le gusta que mi padre tiree de las cobijas para despertarme-.

El helado rito de lavarse la cara. Después la cocina me recibe tibia, acogedora. Sobre la plancha la pava emite un leve silbido, a su lado el mate me espera listo. Esta hora me pertenece. Para hacer los deberes, estudiar y leer todo lo que pueda del libro que saqué de la biblioteca escolar. La luz de la lámpara es escasa pero alcanza. Desde la vieja radio, herencia del abuelo, me acompaña música folclórica. "Amanecer argentino", por radio Mitre. Cada tanto atizo el fuego, agrego leña y escurro ceniza. A las seis mi padre me cede el Petromax con su luz blanca. Le sirvo dos o tres mates con pan y manteca. Aprovecho a leer un poco con esa claridad, que vino para alumbrar los trastos de la cocina que quedaron de anoche y que debo limpiar. Antes de volver a sus labores me dice como todos los días:

- No te entretengas leyendo. - Conoce mi debilidad.
Pero no hay tiempo para eso.

Junto con el farol trajo un balde de leche espumosa que debo poner a hervir, mientras repongo el agua del depósito de la cocina a la leña, para que se mantenga caliente. Sobre él, coloco la lata de miel que se derrite de a poco para el desayuno. Un rato más tarde,

mi mamá interrumpirá la lección de historia que repito en voz alta, con sus buenos días y sus órdenes: - Andá a largar los terneros y lo demás. Yo te preparo la leche.

La cadena del tranquerón es tan dura, lastima mis manos hasta hacerlas sangrar. El baido reclamando a las madres me apura y sigo sin darle importancia al ardor. De regreso abro el gallinero, tomo un tarro de aceite de cinco litros, lo lleno de maíz y lo voy esparciendo mientras camino, las aves hambrientas picotean mis zapatillas. Lleno con agua las cubiertas cortadas que sirven de bebederos. Dejo el tarro colgado de un tronco para que se seque. Llamo a Corbata y Mancha, los amarro a sus estacas. A los muy pillos les gusta matar pollos.

Cascarilla caliente y un trozo de strudel antes de salir de la escuela. Por delante cinco kilómetros de camino, deseando que pase algún vecino, aunque sea un carro y me lleve. Aún está oscuro, las manos congeladas aferradas a la cartera con útiles van tomando su forma, tardaré un buen rato antes de poder escribir. Doña Ascensión lo sabe y me espera paciente.

El regreso a las doce en las mismas condiciones y con los mismos anhelos. A veces el solcito es tibio y otras llueve. Hay un puesto a mitad de camino, si llueve, al llegar ahí me siento sobre la tranquera para que me vea la dueña de casa y me invite a pasar. ¡Pobrecita!. Dice muchas veces, al tiempo que seca mi ropa y me sirve sopa caliente o café con leche y pan tostado. Más tarde, su esposo, bien cubierta con un encerado, me lleva a caballo hasta el tambo. No le gusta esto a mi mamá. Recibo una reprimenda por haber molestado. No importa. Me gusta cuando llueve. Me gusta el café de los Garay. Llegar a casa. Comer apurada lo que sobró. Buscar las vacas para el ordeño de la tarde. Hay dos caballos. El Blanco es manso y se deja subir sin problemas. La Gateada es rebelde, no se acerca a la tranquera para encaramarme, debo pedir ayuda y volver a escuchar "cuando crecerás, así subís sola".

Tres veces por semana, a una vez encerrados los animales, vuelta al pueblo a cumplir con el Señor. Justo ahora imponen dos años de Catecismo, me lamento. El encuentro termina una hora antes que salgan mis hermanitos de la escuela y debo esperarlos para volver juntos. Aprovecho entonces a pasar por lo de tía Lidia o lo de los Chezenne, amigos de la familia, donde me sirven la merienda y me lavan la taza. Me permiten ver televisión, algo nuevo, casi mágico, veo Rin Tintín o el Zorro: al finalizar comienza "La Pecosá", una telenovela, pero no me dejan verla, eso no es para niños.

Otra vez el camino, mis hermanos de seis, siete ocho, años, van lento pero somos mu-

chos, no es fácil encontrar quien lleve, necesitamos una camioneta, casi siempre es don Fernández en su pequeña y moderna Siam, trae a sus hermosas e impecables hijas que asisten a la Escuela Normal donde se recibirán de maestras. A mí me impresiona mucho ese título. Saltamos contentos a la caja, donde lleva las compras: - No toquen nada, dice con su voz tranquila. A quién se le ocurriría tocar, mamá nos cortaría las manos.

Una vez en casa, sin siquiera sentarnos, devoramos una taza de leche con galleta y cada cual a lo suyo. Hay que encerrar los pavos y las gallinas. Hachar leña para el día siguiente. Cerrar el caño del molino que riega la quinta y derivar el agua a los bebederos de los animales, hacen falta seis manos y terminamos empapados. Encerrar el nochero, caballo para entrar las vacas en la madrugada. Buscar la carne a la estancia. Cebear mate a nuestros padres mientras ordeñan. Repartir fardos de pasto a los animales porque hay poca pastura debido a las heladas. Soltar los perros. Encender el fuego. Llenar faroles, lámparas y candiles de querosene y tal vez, el menos deseado de los trabajos, dar de comer a los terneros, a los más grandes en latas-plato y a los pequeños, mamaderas que están calentitas y mitigan un poco el frío. Se suceden las peleas en el reparto de tareas. Ninguno quiere hacer nada pero hay que hacerlo todo o seremos castigados con una golpiza, tal vez sin postre o hasta sin cenar.

Por fin adentro. Llegó la hora del aseo de menor a mayor. Mientras esperamos el turno, batimos crema, en un tarro de café La Morenita, bate-que-te-bate-de-mano-en-mano hasta que se advierta en su interior el pan de manteca, que mamá lava con agua, hasta que no sale más el suero y sala ligeramente. Otro ceba un amargo a papá antes de la cena y alguno prepara la mesa. La cena, un alimento caliente a base de leche, chuño, kuaquer, arroz con leche o panqueques con dulce de leche y a dormir. Es la hora de jugar y reírnos hasta que mamá se pone brava y nos recuerda que mañana es sábado.

El sábado ella se dedica a la casa, limpieza general dice. Hay que fregar los cubiertos de alpaca hasta que brillen como oro, rasquetear la cocina con un ladrillo. También le toca el turno a la ropa. Me rebelo, contesto y termino lavando bombachas de campo duras de leche y estiércol con un cepillo en la tabla. Siempre igual. Los varones no la pasan mejor en el tambo: hacen la parte de mamá. Limpian con gas-oil el motor que impulsa las ordeñadoras. Rastrillan el patio. Encierran los animales.

Después del almuerzo, me mandan a desparramar la ceniza para abonar la quinta y pienso en mis compañeras de cuarto grado que organizaron un asalto en casa de una de ellas, había que llevar un bilz y sándwiches. Sé que tiene tocadiscos y van a bailar temas de la nueva ola bajo la mirada atenta de mamá. Yo no puedo ir. Es sábado.

El domingo pasa rápido. Fui a Misa y a la tarde vienen los abuelos. Al otro día las nenas comentan lo que hicieron en casa de Susy. Mueven sus manos blancas, suaves, imitándose, bailando. Escondo las mías callosas, llenas de tajos.

Roja de vergüenza, envidia y rabia pienso en lo que hace poco nos enseñó la maestra, todo lo que aconteció después de la Revolución de Mayo, los diferentes gobiernos, la Asamblea del año XIII y las medidas que tomó, entre ellas abolió la esclavitud. ¿La abolió? ¿Acaso yo no soy esclava? Hago trabajos forzados para mi edad. No recibo recompensa. No tengo derecho a quejarme. Me castigan si no cumplo con mis obligaciones. Sólo no soy negra. ¿Cuánto tiempo me persiguió esta duda? Mi mayor alegría eran los libros que sacaba de la biblioteca y otros que me prestaba mi abuela que no sabía leer y la hacía muy feliz que yo entendiera esa cosa, como llamaba a la escritura. Los leía a hurtadillas entre tarea y tarea, a veces me pescaban y tenía problemas, pero me los ingeniaba para hacerlo, enojada por mi situación de esclava.

Hasta que un día, traje un libro de la escuela que cambió mi modo de pensar y de ver las cosas. Esos sí que eran esclavos. Lloré tantas veces durante su lectura. Sentí tanta pena y bronca ante las injusticias, desencuentro, dolores de los protagonistas y aún su muerte, sin hallar la libertad. Recuerdo que no podía dormir pensando en ellos y cuando lo hacía soñaba con esa historia. Recuerdo que no podía dormir pensando en ellos y cuando lo hacía soñaba con esa historia llena de soledad y carencias. Empecé a comparar mi vida con la de ellos. A entender la verdadera esclavitud. Encontré respuesta a mis preguntas. Yo no era esclava. Tuve la certidumbre, que al crecer podría disponer de la riqueza que poseía. Era libre. Esta certeza fue como una fuerza, que encendió una luz dentro de mí, que todavía me alumbra.

Gruesas lágrimas resbalan por mis mejillas. Gruesas lágrimas. Como las de antes aunque ya sin dolor. A través de la catarata salada releo el nombre del libro que marcó mi vida. Lo contemplo con profunda melancolía y sentimientos encontrados, cuando oigo a Daniela decir: - Y mami. ¿Cómo vas? - Sin responder, guardo rápido entre mis cosas, "La cabaña del tío Tom".

Me gustaría...

Nilda Domínguez de Lebrini

Juan, el curita de la misión, solía recorrer los ranchos todos los meses, para asistir con su palabra de esperanza a los que vivían en el monte o cerca de los bañados. Cuando me vio dormidito sobre unas pajas secas en el catre y envuelto en unos trapos, dijo que me parecía al niño que nació en Belén, el hijo de Dios, y ahí nomás me bautizó Jesús.

Desde chiquito ayudé a juntar leñitas para el fuego; traer algún choclito del monte para hacer un hervido con un poco de charqui que algún patrón le sobraba de una carneada.

Mi mamá comentaba resignada que no tenía más hijos porque uno se le murió dentro de ella, la ayudó en el parto una vecina. Estuvo muy enferma con una gran infección. Como en el rancho no había remedios se alivió con unos yuyos y ungüentos caseros, pero quedó muy débil. Hace dos años casi no camina.

Somos tres hermanitos, yo soy el mayor. Ahora acompaño a mi padre al monte a talar, aunque soy chico tengo fuerza para arrastrar las ramas grandes y despejar el camino para que los peones trabajen con la sierra. O ir al algodonal cuando es el tiempo de la recolección, allí junto varias bolsas al día y aunque mis deditos se pinchen y sangren sigo ayudando porque a mi papá le dan más vales por mi trabajo y los puede cambiar en el almacén por yerba, azúcar, tabaco, o harina de maíz, a veces, alcanza para fideos.

Cuando volvamos al rancho no importa si estoy cansado, le digo a mi mamá que voy a trabajar mucho y la voy a llevar lejos, porque en la ciudad los doctores la pueden curar. Se le llenan los ojos de lágrimas y me abraza muy fuerte en silencio. Con un palito dibujo en el piso de tierra; el sol; la luna; los pájaros y entonces se sonrío, porque a ella le gustan mis dibujos.

En unos años más me voy a ir a la cosecha del olivo o a la zafra en otras provincias, me van a pagar con plata porque seré más grande, así mis hermanitos no tendrán que ir a trabajar de chiquitos como yo, ayudaré a mi papá que parece un viejo cansado de trabajar y trabajar por una mísera paga que a veces ni alcanza para comer.

Usted sabe señor. Me gustaría jugar con mis hermanitos. Me gustaría ver amanecer abrazado a mi mamá. Me gustaría esperar a mi papá cuando vuelve a la nohecita, dibujarle pájaros y verlo sonreír junto a mi mamá.

Usted sabe señor. Es noche aún cuando rumbeamos al monte en las madrugadas y es sombrío el amanecer en el campo.

Usted sabe señor. Me llamo Jesús, tengo 11 años, me gustaría ir a la escuela para aprender a leer y escribir pero... Tengo que ir a trabajar.

El árbol de navidad

Viviana Gladys Benitez

Chachi y Lala dicen ser hermanos. Probablemente sea verdad, los dos tienen la piel de color verano, el cabello de color otoño, sí, dorado con matices rojizos y los ojos verdes primavera, claros y brillantes.

Siempre están juntos y se pelean como hermanos, se cuidan como hermanos, aprenden uno del otro y trabajan juntos.

Chachi y Lala juntan cartones el día entero y cuando las estrellas brillan, como perlas, en el manto oscuro de la noche, ellos cambian sus cartones por unas cuantas monedas a un hombre que los espera cerca de la estación del tren que va al interior.

Nunca se lo dicen a nadie, porque no se lo creen y la gente se enoja con los chicos que mienten, pero la verdad es que no tienen a nadie y viven en la calle.

Nunca fueron a la escuela. Chachi aprendió a leer un poco con el señor que les compra los cartones y sabe muy bien sacar cuentas, cuando no puede resolverlas en su cabeza dibuja los números con una piedra en la vereda de la plaza donde duermen y jamás se equivoca. Así sabe para qué le alcanzan las monedas y si le va a poder comprar caramelos a Lala cuando sea sábado.

Lala tiene sólo seis años y Chachi casi diez y no puede entender que Lala en unos pocos meses haya aprendido a leer mejor que él.

Ahora debe soportarla todo el día, mientras van juntando cartones, leer todos los carteles de la calle: "Chachi, allá dice se vende, Chachi, allá dice oferta, Chachi allá dice panchos. Chachi quiero un pancho."

Mientras más lee, Lala, más cuentas debe sacar Chachi.

Cuando juntan muchas monedas van a dar unas vueltas a la calesita. Cuando juntan muy pocas van al bar del "gordo" (así llaman al mozo, porque él nunca les preguntó sus nombres ni les dijo el de él) y él les da un vaso bien lleno de leche y facturas, un poco duras, o pan. El pan, siempre es blandito.

Hace unos días Lala leyó: "Felices fiestas".

- Chachi, ¿qué fiestas son las felices fiestas?

-Lala, todas las fiestas son felices, no vas a hacer una fiesta para llorar.

-Ya sé, tonto.
-Si me decís tonto, no te contesto más preguntas, y las preguntas que no preguntás te las tragás y entonces te vas a poner gorda como el del bar.
-No tiene nada de malo ser gordo.
-De comida, no. Pero los gordos de preguntas se ponen gruñones y con cara fea.
-¿Por qué?
-Que se yo.
-Y las respuestas que no sirven para nada, ¿engordan o adelgazan?
-No se.
-Tenés que averiguarlo, porque la mayoría de las veces lo que me contestás no me sirve para nada. Si llegan a adelgazar, a lo mejor te vuelven transparente.
-Mirá, Chachi allá dice: "feliz navidad"; ¿Qué es navidad?
-La navidad son esos árboles con adornos.
-Yo creía que esos árboles se llamaban pinos. ¿Estás seguro que eso es la navidad?
-Bueno, eso y otras cosas... esos moños de los negocios y las luces que colgaron en la plaza y Papá Noel.
-Chachi, ¿qué es Papá Noel?
-Es el gordo.
-¿El del bar?
-No, tonta. El de las vidrieras, el viejito panzón que está todo vestido de rojo.
-¿Y para qué ponen su foto en todas partes?, mirá, ahí, está en el quiosco y allá en la juguetería, también.
-Dicen que si dejás una cartita en alguna de esas cajas que acompañan la foto él te lleva a tu casa lo que le hayas pedido.
-Chachi, quiero una casa.
-Mirá nena que sepas leer no te da derecho a saberlo todo.
-¿Por qué?
-Bueno si querés podés saberlo todo, pero no podés pedirlo todo.
Lala y Chachi caminaron un largo rato, ese día les darían muchas monedas las calles de la ciudad; estaban llenas de cartones y de los grandes y pesados.
A Chachi le sorprendió el silencio de Lala, entonces la miró. Lala tenía dos lagrimones como hormiguitas transparentes que caminaban lentamente por sus mejillas.
-Y ahora qué - preguntó Chachi -
- Yo no quiero todo, yo quiero una navidad y un regalo del gordo, no el del bar, de Papá Noel.
Lala dijo todo de un tirón y se puso a llorar, suavemente, como cuando le dolía algo.
-No llores ya se nos va a ocurrir algo, vos sos muy inteligente, vas a ver que vamos a tener una navidad.

Hacía calor. La noche estaba llena de perlitas y el señor les cambió los cartones por muchas monedas. Lo festejaron tomando helado.
Lala se empezaba a quedar dormida y decía entre sueños, "lo primero que hay que hacer es encontrar y adornar un pino".
Chachi tardó más en dormirse. Él la había visto llorar a Lala por el dolor de panza, por los caprichos y por sus propios pellizcos. Todas causas perfectamente normales y de fácil solución, esto de la navidad le parecía muy difícil.
Cuando se despertó, Lala revoloteaba a su alrededor con un papel escrito con un pedacito de ladrillo.
-Apúrate, Chachi, ya tengo la carta para Papá Noel.
-No, tenemos que juntar cartones y si todo sale bien te compro caramelos y te llevo a la calesita.
-Hoy no es sábado.
-No importa, igual.
-Vos querés que me olvide de la navidad
-Eso no es para nosotros, Lala.
Los ojos de Lala se veían como el pasto de la plaza: claros, intensos y con gotitas de rocío.
-No llores, no sé como hacer una navidad para nosotros.
-Yo sí - dijo Lala con una sonrisa. Tenemos que dejarle la carta a Papá Noel, buscar un pino y sentarnos a esperar.
Chachi no dijo nada, él no creía que fuera tan fácil.
Ese día caminaron mucho, el cartón brotaba de las veredas como las flores del campo, Lala guardó en una bolsa: latas, hilitos, una sandalia con brillitos y todo tipo de chucherías, para adornar su árbol de navidad.
Al fin del día obtuvieron muchas monedas. Cuando Chachi las tuvo en sus manos la cara se le iluminó:
-¡Tengo una idea!, tomemos el tren y vayamos a algún lugar donde haya un pino, para que sea tu árbol.
-¿Te parece que nos alcance la plata para los boletos?
-No, la plata es para comer ¿o vos pensás que el gordo está en todas partes?
-¿Y cómo vamos a subir al tren?
-Colados.
-¿Te parece?
-¿Querés o no, una navidad?
-Sí.
Cuando el tren estuvo en marcha y sus corazones dejaron de latir como tambores, allí en un vagón sin asientos lleno de cosas viejas y mal olientes, Chachi quiso saber qué le

había pedido Lala a Papá Noel. No hubo forma de obtener respuesta, Lala dijo que era un secreto y resignó hasta los caramelos de tres sábados con tal de no develar el misterio, Chachi se cansó de insistir y se quedó dormido.

Cuando se despertaron el tren estaba quietito, quietito, ambos, se asomaron por la ventana y más allá del cartel que decía el nombre de la estación se veía un pueblito de casas bajas, con techos de tejas y jardines y un poco más allá una plaza pequeña con hamacas, tobogán y un pino que les daba generosa sombra.

-Es acá - dijo Lala murmurando.

-Sí, es posible pero no hay cartón, es más, ni un papelito siquiera ¿cómo vamos a conseguir plata?

-Después pensamos- vociferó Lala desde el andén.

Juntos decoraron el árbol y se hamacaron, comieron un sándwich y salieron a recorrer el pueblo.

Cuando llegó la noche, la plaza se tornó silenciosa y oscura, Chachi y Lala, debajo de su árbol de navidad, la miraban con recelo, se sintieron solos y tristes, se apoyaron en el tronco del árbol y se deslizaron por él hasta quedar sentados en el suelo, juntos y callados. Desde allí podían observar cómo las casas se llenaban de risas, palabras y luz, excepto la que estaba, justito, en frente del árbol de navidad. Las luces de aquella casa se apagaron y de su interior surgió la figura de una mujer algo mayor, delgada y prolija que cargaba una enorme fuente que a Lala se le antojó repleta de caramelos. Aquella mujer con timidez tocó el timbre de la casa de sus vecinos y entró en ella.

Chachi quiso iniciar una caminata un poco para curiosear las vidas ajenas y otro poco para que Lala olvidara lo del regalo de Papá Noel. Él estaba seguro de que ese panzón no hacía regalos a los niños que ya saben ganarse su propio dinero. Nunca había conocido ningún niño cartonero con regalos de Papá Noel, ni del día del niño, ni de cumpleaños ni nada. Chachi nunca había recibido un regalo por eso no se hacía ilusiones pero Lala había recibido regalos y justamente de él quien además le regalaba algunas golosinas y vueltas a la calesita siempre que podía. Lala sí tenía ilusiones y esperaba su regalo con infinita paciencia sentadita y casi sin respirar, el tiempo caminaba lento como encaprichado en señalar siempre la misma hora repentinamente las casas se llenaron de movimiento y ruido a chin, chin, de vasos y copas de vidrio, algunos vecinos salieron a la vereda sin advertir la presencia de Lala y Chachi en la plaza, entre los vecinos ellos distinguían a la señora de la fuente de caramelos cruzada de brazos como si se abrazara a sí misma. De pronto la calle se llenó de estruendos, luces y palabras de cariño y buenos deseos. Chachi y Lala se tomaron de la mano para sortear el miedo y la angustia que les

producía tal alboroto de amor ajeno y fuegos artificiales.

Lala murmuró:

-Ahora tiene que llegar mi regalo.

Chachi quiso desalentarla pero algo cayó sobre su cabeza provocándole un tremendo susto y bastante dolor, desesperado gritaba y corría alrededor del árbol:

-¡Socorro! Sáquenme esto de la cabeza.

La primera en acudir fue la vecina de la fuente de caramelos. Lala daba saltos de alegría mientras su hermano le conjuraba un buen castigo.

-Llegó mi regalo, Papá Noel me lo dejó en mi árbol como hace con todos los chicos.

-¿Qué regalo? ¿Este bicho le pediste? – Chachi gritaba mientras se quitaba un esponjoso gatito anaranjado de su cabeza, con la ayuda de la vecina.

Ella intentó apaciguar los ánimos presentándose y los invitó a entrar a su casa para curar los rasguños que el gatito le había hecho a Chachi.

Lala nunca había estado tan contenta y a Chachi se le fue todo el enojo cuando Beba, la nueva amiga de los hermanos, les trajo un inmenso vaso de leche con pan dulce.

El tiempo se apuraba como si el capricho se hubiera terminado, Chachi y Lala sentían el cansancio de un día tan distinto a su rutina de cartoneros, ambos se quedaron dormidos en el mullido sillón de Beba, cuando despertaron era un nuevo día, también una nueva vida.

Los hermanos se quedaron con Beba y comenzaron a ir a la escuela, y a recibir regalos y a comer en la mesa. El gato fue bautizado Cartón. Chachi y Lala volvieron a trabajar cuando fueron grandes y tuvieron edad suficiente para elegir regalos para Beba, esa mamá del corazón que les devolvió la niñez.

El vendedor de poemas

Susana Noemí Cordisco

De pronto, el salón se llenó de murmullos mientras una suave melodía los acompañaba. Comenzaron a llegar algunas personas que él conocía de vista y le sonrieron. La sonrisa es como una ventana abierta a la inmensidad del alma de quien la recibe. El jurado se situó frente al público y tras unas breves palabras del coordinador del acto, comenzó la ceremonia.

El muchacho había llegado muy temprano observando los preparativos. Sintió que una oleada de rubor y vergüenza le arrebató el rostro. Así, esperó.

Amanece sobre el río lenta y despaciosamente. Con el incipiente bullicio de los pájaros, las sombras que se escapan hacia el interior del caserío se ven acorraladas por el despertar de las luces.

La vida se renueva cada día con la increíble magnificencia del sol iluminando las playas con rastros de petróleo y hollín sobre la antigua blancura de la arena. Aún así se ven hermosas, a pesar del agua desembocando desde ruinosas tuberías que recolectan la lluvia y los impiadosos desechos del detergente y del humo sucio de las fábricas que se extienden a lo largo de las orillas sombreadas por viejos sauzales.

En esa suave inclinación de las barrancas tienen sus moradas las ancestrales familias de pescadores.

Ya no quedan muchos, la mayoría se cansó de tirar líneas y echar redes y se refugió en la fría piedra de las calles juntando cartones, vendiendo estampitas en los días en que la Virgen les permite juntar monedas o bien lavando autos en la plaza del pueblo para mitigar el hambre de sus hijos.

Algunos, con más suerte, lograron entrar como operarios en esas mismas fábricas que invaden con sus líquidos las costas de sus antepasados.

En la colina que desciende hasta la orilla verde-negra de la playa cinco familias queda-

ron a la espera de la providencial dádiva del río.
Cinco ranchos sombreados de ceibos, madre selvas y malvones que mansamente convi-
ven en una perfecta armonía de colores.
En uno de ellos viven los Cardozo.

Como sus padres y sus abuelos, Evaristo aprendió desde niño el oficio de pescador.
Heredó dos canoas y cuatro espineles que con sus hijos varones salen a recoger cuando
el sol apunta sus rayos oblicuos sobre la leonada superficie del agua.
Luego de la brillante cosecha de escamas, los pescados son limpiados por el menor de
los niños y los tres salen a venderlos: es el producto de un trabajo familiar.

Los hermanos Cardozo se paran en las esquinas o emprenden la rutina diaria de ofre-
cerlos casa por casa.

Evaristo se siente orgulloso de sus hijos: entre los cuatro pueden sostener a la nume-
rosa familia con mucho sacrificio pero también con algunas satisfacciones. Una de ellas
es la aplicación para el estudio de las dos hijas mayores y otra, es la vocación de trabajo
que todos tienen.

Algo que le preocupa a Evaristo, además de la debilidad de su mujer a causa de los
múltiples embarazos, son los poemas que escribe Carlitos.
Inspirado en el paisaje, que aunque decadente sigue siendo bello, Carlitos se dedica a
escribir poemas que luego intenta leer en las noches cuando la familia se reúne a eva-
luar lo recaudado con la pesca del día.

- ¿Qué vas a hacer con los versos? – Le pregunta la madre - Qué manera de perder el
tiempo...

- Tiempo es lo que le sobra –interviene el padre - Carlitos es el que siempre se queda en
la orilla y se lleva la parte más fácil. ¡Ahí sí que tiene tiempo para pavear a gusto!

Molesto, el niño intenta explicar que lo que él desea es editar un libro y tal vez hacerse
famoso y que no puede evitar el torrente de palabras que se le presentan cada vez que
mira el río y sus destellos, las redes rebosantes de peces que se retuercen dando cole-
tazos desesperados para regresar al agua, el matiz de los árboles en las distintas esta-
ciones o la desesperada soledad que siente cuando desde la orilla ve alejarse las canoas
con su padre y sus hermanos hacia la inmensidad del río.
-Ya van a ver- es lo único que atina a decir- ya van a ver...

Y se queda atesorando su cuaderno con cientos de poemas y con sus lapiceras siempre
listas para volcar las palabras que la inspiración le susurra.

Cuando el verano llega a su fin los pescadores saben que comienza la época más difícil
del trabajo, el viento del otoño y el frío en el invierno son fenómenos que maltratan a
sus cansados cuerpos.

Además, hay otra noticia que les preocupa: la depredación por parte de barcos factorías
extranjeras en las aguas del río Paraná y las redes de arrastre que usan los grandes frigo-
ríficos del pescado, esas que matan todo y dañan el fondo del río.

Evaristo sabe que no puede competir con ellos y que en poco tiempo se llevarán el tesoro
que el Paraná guarda en sus entrañas. Tampoco puede influir en los otros pescadores
que les venden a esos piratas la comida de su familia y de sus vecinos.

Sucedió entonces lo que se vaticinaba. Las redes comenzaron a salir vacías o con unos
pocos peces pequeños que Evaristo ordenaba arrojar nuevamente al agua.
Demasiadas espinas y además, como decía su padre “hay que esperar a que crezcan”.

La miseria se abatió con dureza sobre las familias que habitaban el caserío, los vecinos se
marcharon y sólo quedaron en el lugar él y su familia, que se fue diezmando por causa
del hambre y la desesperanza.

A la abuela se la llevó su vejez, a su compañera y al recién nacido la debilidad y la fatiga,
a las dos niñas más pequeñas la falta de atención y la enfermedad.

Los hermanos mayores y su padre se debían internar cada vez más adentro del río, tira-
ban los trasmallos sobre el canal por donde pasan los barcos de gran calado y allí mismo
esperaban durante horas.

Para evitar correr riesgos y que escaparan los pocos peces que podían atrapar, Evaristo
enviaba a los chicos en una de las canoas y él, dando un rodeo, navegaba en la otra. En la
orilla, Carlitos, esperaba que llegaran para dedicarse a la tarea de limpiar los pescados.

Sentado sobre el tronco de un gran árbol caído, en una tarde tormentosa y cruel, escu-
chó los gritos del padre y de sus hermanos. Vio cómo se daba vuelta la pequeña embar-
cación y a su padre remando con desesperación para traer de regreso la canoa vacía.

Lo que siguió fue la desolación total.

Evaristo, incapaz de enfrentar tanta desdicha se refugió en la bebida. Dos de sus hermanas mayores se emplearon como mucamas y Carlitos quedó a cargo de su imposibilitado padre y de tres niñas hambrientas y sucias.

Se dice que las personas en ese estado de desesperación pueden reaccionar como Evaristo, eludiendo el problema y abstrayéndose de la realidad o enfrentando la vida con la entereza que la vida misma les da.

El niño, aturdido por las sucesivas desgracias, comenzó a salir por las mañanas regresando al anochecer. Siempre traía algo de comida para las pequeñas. No volvió al río.

En los momentos de lucidez, Evaristo deseaba saber de dónde salía el dinero que venía a socorrer tanta necesidad pero sin conseguir respuestas volvía a la bebida olvidándose de todo.

Carlitos, a la luz de la lámpara de kerosén se quedaba hasta muy tarde, escribiendo con el corazón desgarrado las desdichas que la vida le había reservado.

Por la mañana salía a recorrer el pueblo, los distintos barrios, la salida de la iglesia, los bares, vendiendo por una sola moneda sus tristes poemas.

- Una sola moneda, señora –decía- sólo quiero que me compre la poesía con una sola moneda.

- ¿Por qué una sola? –le preguntaban con curiosidad.

Y él respondía:

- Porque quiero que la lea.

En el bar alguien le comentó sobre el certamen literario.

Carlitos presentó su obra. Con palabras simples poetizó el paisaje ribereño, la voracidad del río en las tardes tormentosas, el calmo amanecer de los estíos, sus hermanos navegando en una blanca canoa.

-Yo los vi -afirmaba- iban jugando como lo hacían siempre. Y riendo.

El trabajo cotidiano de los pescadores, su rutina de niño limpiando las escamas y este oficio de vendedor de poemas se reflejaban en su obra.

Los murmullos se fueron apagando y cesó la música.

El jurado hizo un análisis de las obras presentadas poniendo énfasis en el hallazgo de los poemas de Carlos Cardozo, su sencillez en la ubicación correcta de las palabras, las descripciones justas y precisas, las imágenes, los encabalgamientos, las metáforas, en fin, la vida misma que había atrapado al joven poeta.

A Carlitos todo ese discurso le dio miedo y debió hacer un esfuerzo para levantarse y leer la obra.

Finalizada la lectura, observó que algunas señoras se limpiaban los ojos.

El presidente del jurado, visiblemente emocionado lo abrazó y le dijo:

-Felicitaciones jovencito – y señalando una caja grande, agregó –la señora de Iribarne Paz te entregará tu premio y las invitaciones para asistir a la cena de gala de la Sociedad de Poetas Organizados.

El niño escuchó los aplausos del público y sintió que la sonrisa se le mezclaba con las lágrimas que pugnaban por escapar.

Y lloró, en silencio y hacia adentro. Lloró.

Índice

<i>Prólogo - Dr. Oscar Cuartango</i>	6
<i>“Aunque no llueva” - Jorge Aníbal Dágata</i>	13
<i>“La piedra de molino” - Alejandro Gustavo Seta</i>	18
<i>“Luz de esperanza” - Marina Cyntia Borda</i>	24
<i>“El ojo del pez” - Pablo Casaux</i>	32
<i>“Un septiembre para Analía” - Julia Sandra Bitonto</i>	38
<i>“Un cuento para Juancito” - Alejandra E. Ricci</i>	40
<i>“Comía basura” - Silvia Beatriz de Lourdes Acevedo</i>	42
<i>“Una vez más es tarde” - Ana Mercedes Quiroga</i>	48
<i>“Lo mas pancho” - Cecilia Reynoso</i>	54
<i>“El basural” - Jorge Rodolfo Meza</i>	58
<i>“Wilson el boliviano” - Néstor Miguel Rompani</i>	58
<i>“Esa cosa” - Isabel Elisa Ferrarello</i>	64
<i>“Me gustaría...” - Nilda Domínguez de Lebrini</i>	68
<i>“El árbol de navidad” - Viviana Gladys Benitez</i>	70
<i>“ El vendedor de poemas” - Susana Noemí Cordisco</i>	76

Edición

Ministerio de Trabajo - Provincia de Buenos Aires

Producción Gráfica

*Dirección de Prensa y Comunicación Institucional
del Ministerio de Trabajo*

Diseño de Tapa y Diagramación

DCV Florencia Manchiola

ISBN 978 - 24777-1-4

PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL SIN CITAR FUENTE